

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXIV

San José, Costa Rica

1932

Sábado 19 de Marzo

Núm. 10

Año XIII. No. 578

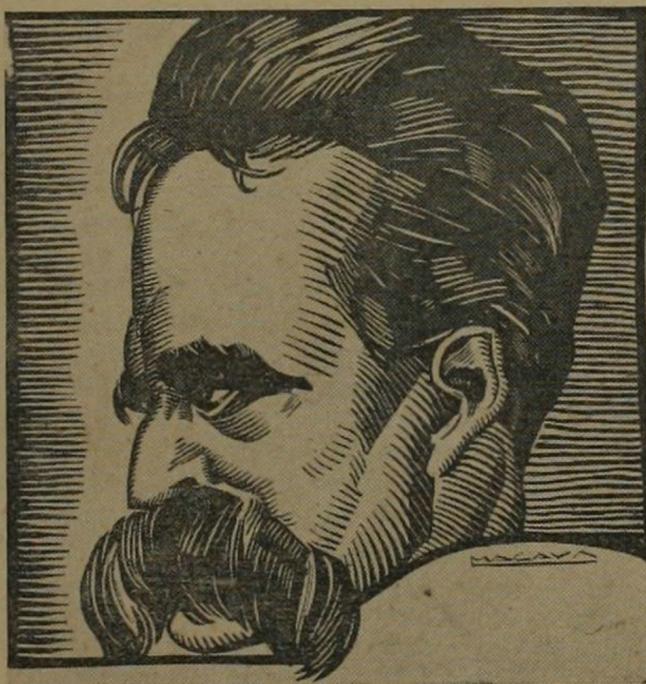
SUMARIO

El señor del catorce.....	Azorín	Luis Cano.....	Benjamín Triana
A propósito de Nietzsche.....	Anastasio Alfaro	In Memoriam (Recuerdos) (2 y final).....	Andrés Gide
El Instituto de Alajuela.....	Victor Andrés Belaúnde,	Glosas galaicas.....	Rafael Estrada
¿Cuáles son los cinco o seis mejores libros escritos en Hispanoamérica desde su independencia hasta nuestros días? (conclusión).....	Ventura García Calderón, Enrique José Varona, Max Grillo, Gonzalo Zaldumbide, José Vasconcelos, Ricardo Rojas, Luis Varela Orbegoso	La invasión de las sierpes aladas.....	Juan del Camino
		Bibliografía titular.....	A. H. Pallais
		La glosa de las abuelitas.....	José Rafael Pocaterria
		Desde la colina sagrada.....	

El señor del catorce

= De La Prensa. Buenos Aires =

No se tiene idea de lo que representaba, hace treinta o cuarenta años, la llegada a la puerta de un hotel del coche que había ido a la estación. Esos coches eran grandotes, pesados; estaban arrastrados por dos fuertes caballos percherones. La vuelta a la fonda, era solemne. Desde la lejana estación—si la estación estaba lejos—volvía el coche al trotar ruidoso de los caballos; en la baka del vehículo se veían los baúles de los futuros huéspedes; las maletas estaban en el pescante. ¿Nos figuramos la llegada de este coche en una vieja ciudad española, en Zamora, en León, en Córdoba, en Vitoria? Es de noche; los viajeros que vienen a la fonda, o no conocen el hotel, o han estado ya en esta casa. No hay que decir que la fonda tiene un nombre pintoresco, bonito; se llama Fonda de la Esperanza, o de las Cuatro Naciones, o La Amistad, o La Perla. Perlas y Amistades ha habido muchas en provincias, antes de que aparecieran los grandes hoteles, que son los mismos hoteles pequeñitos y simpáticos de antaño. Llegar de día a la fonda, es cosa menos bella que arribar de noche; a las doce de la noche o de madrugada, cuando vamos metidos en el imponente coche, vemos por la ventanilla las lucecitas de la ciudad: ya a esa hora de la madrugada, la mitad de los faroles han sido apagados; sólo queda alguno de trecho en trecho; éstos, que permanecen luciendo su blanca llamita de gas o sus filamentos incandescentes, parece que están ya cansados de alumbrar toda la noche. En el hotel espera al coche un camarero que dormita en una silla; al oír el cascabeleo de los caballos, se despereza y sale a la puerta. Todo está en silencio en la pequeña ciudad; en el rellano de la escalera, aquí en la fonda, luce otro mechero que será apagado apenas los nuevos huéspedes entren en sus cuartos. Cuando todos se acomodan, se hace de nuevo el silencio. Hemos de decir que siempre en estas fonditas hay algún huésped que entra tarde, muy tarde, de regreso de no sabemos dónde y que permanece con la luz encendida toda la noche. Como estos cuartitos de fondas antiguas tienen un montante por donde se ve la luz, el resplandor de la lámpara de este huésped



Nietzsche

Dibujo de Macaya

A PROPÓSITO DE NIETZSCHE

Referencias sacadas de la obra *La vida de Federico Nietzsche*, por Daniel Halevy. Ediciones LA NAUVE. Madrid. 1931.

Concibe más trabajos de los que puede emprender, y los propone a sus amigos. Escoge el estudio de las fuentes de Diógenes Laercio, el compilador que nos ha conservado tan preciosos datos sobre los filósofos griegos. Sueña con componer una memoria que sea sagaz, rigurosa, y a la vez bella.

El pensamiento griego continúa siendo el centro alrededor del cual forma sus ideas.

Cósima Wagner le regala una edición francesa de Montaigne, al que, según parece, no conocía Nietzsche, y al que pronto hubo de amar tanto. Aquel día, Cósima Wagner cometió una imprudencia: Montaigne es lectura peligrosa para un discípulo.

Federico Nietzsche volvió a sus libros griegos, siempre bellos y consoladores. Ante un escaso número de alumnos explicó las *Coéforas* de Esquilo y algunos textos de filósofos

(Pasa a la página 151)

misterioso que vela, se está viendo por lo alto de la puerta todo lo que resta de la noche. ¿De dónde vendrá a tales horas este hombre enigmático? ¿Qué es lo que a las dos de la madrugada se podrá hacer en Zamora, en Palencia, en Cáceres, en Valladolid? En los pueblos españoles nos han llamado siempre la atención los trasnochadores; los hombres que en estas viejas ciudades, en que todo reposa de día y en que durante la noche se perciben la soledad y el silencio como petrificados; estos hombres son como luchadores heroicos contra un medio que les es adverso; es denso y metálico el silencio, y ellos se obstinan en romper esa pared irrompible; es diamantina la soledad, y ellos se esfuerzan en rayar con sus uñas ese cristal durísimo de la soledad. Van en la vieja ciudad contra todo y contra todos. En las horas de la madrugada, cuando ya comienzan a cantar los gallos, cuando ya se abren bajo los aleros las ventanitas de las casas, estos héroes viven con el tiempo subvertido. Lo más grave que en una vieja ciudad se puede hacer, es subvertir lo que impera en la ciudad con imperio incontrastable: el tiempo. Y ellos no tienen miedo a esa terrible subversión.

¿Estamos en Zamora, en Palencia, en Soria, en Córdoba, en Teruel? ¿Estamos en alguna de estas viejas ciudades españolas o en otras de Italia o de Francia? Lo mismo da; en estos años que van de 1880 a 1900, en las fondas de los pueblos y de las pequeñas capitales, todavía no usan automóviles para traer de la estación a los viajeros; la llegada del coche tiene una importancia que ahora no tiene. Además, al presente, llegan también los viajeros en automóvil y a todas horas. En 1880 no se viajaba más que en tren, y en las fonditas la llegada de los trenes era cosa solemne. Ya llegados los viajeros, había un momento de satisfacción en el hotel y sonaban las voces de los huéspedes y de los criados. El llegar a un hotel que se desconoce es un acto importante en la vida. Supongamos que del coche ha descendido un caballero que va a aposentarse en la fonda; es un hombre que camina un poco encorvado; sus mostachos son gruesos; su mi-

rada tiene algo que nos llama la atención. El equipaje de este viajero no es grande: una maleta de cuero. Y también, en una cajita—no lo olvidemos—unos pocos libros. ¿Qué viene a buscar en la pequeña ciudad este viajero? Silencioso, rápido, se acomoda en su cuarto; al entrar ha tenido una mirada escrutadora para todo el ámbito. Parece decir: "Entre estas cuatro paredes voy a estar yo una temporada. ¿La estaré, en efecto, o tendré que marcharme apenas instalado?" El camarero le ha dado al huésped toda clase de seguridades de que la habitación es excelente; ahora es de noche; pero cuando amanezca, en seguida entrará un rayo de sol por el balcón. El caballero, al escuchar lo del rayo de sol, ha sonreído; su faz, que estaba severa, se ha tornado un poquito risueña. Además, ha dicho el sirviente que desde el balcón se ve una montaña; ya el huésped sonríe plenamente satisfecho. Ver una montaña desde el cuarto de un hotel, en estas horas de soledad en la vieja ciudad en que no se conoce a nadie; ver una montaña; pasear la mirada amorosamente por las laderas y ascender hasta la cumbre; todo esto en un momento, al levantar la vista del libro que se está leyendo; ver, decimos, la montaña desde el fondo del cuartito del hotel, es un consuelo supremo. Se ha marchado el camarero, y el huésped queda un instante pensativo. La montaña está bien; pero el aire en esta tierra, ¿será tan fino y tan seco como nosotros lo necesitamos? Las manos del viajero van sacando de la maleta la ropa y la van colocando en el armario; después sale de la maleta un frasquito; luego aparece otro; a seguida surge un tercero; más tarde un cuarto. Todos van siendo colocados en una repisa del lavabo; todos son frasquitos de medicinas que es preciso tomar a distintas horas y para diversos males. Los libros han quedado también instalados. Solo está el caballero entre estas cuatro paredes del hotel; no sabe ahora lo que hacer; se ha quedado un momento inmóvil y parece reflexionar profundamente. ¿Y la comida? ¿Cómo será en esta región, en esta fonda? El problema de la comida es tan importante como el del clima. De la comida depende todo el pensar que va a tener en este cuartito de la fonda el viajero. Según sea la comida que le den, así van a ser sus pensamientos. Sensibilidad y pensamientos dependerán del aire y de los manjares. El huésped se estremece ahora con un ligero estremecimiento; su mirada va pasando de los frasquitos, que están simétricamente colocados en la repisa, a los libros, y de los libros, que se hallan puestos sobre la mesa, al balcón, que en esta hora de la noche se encuentra cerrado. Piensa en el cuartito de otra fonda, que ocupó hace tres años en otra ciudad; y en el que ocupó después en otra fonda; y en el tercero en que vivió luego; y en el cuarto en que moró en seguida; en fin, todos los cuartos de hoteles en que ha vivido desde hace diez años este caballero, los ve ahora en su imaginación. Su vida se ha deslizado durante diez años de cuartito en cuartito, en diversas fondas de diversas ciudades; la sensibilidad de este hombre es tan aguda, tan fina, tan delicada, que el aire, los

manjares, las menores particularidades de la vida cotidiana, la hacen, si son adversas, sentir dolorosamente las horas que transcurren; si en cambio, son favorables, el tiempo se deslizará insensible en su vivir. El dolor le atenace; experimenta fortísimas neuralgias; padece indomables insomnios; devuelve muchas veces la comida que ingiere; su vista se amengua y no ve apenas los caracteres de un libro. Con todo, con que la luz sea viva, luz de cálido sol, y con que el aire sea seco y delgado, él estará contento. Si a esto se añade una cocina ligera y nutritiva, el placer que tenga en esta tierra, morando en este cuartito, será completo. Visitas no recibe ninguna; cartas le llegan pocas. La soledad de este hombre es verdaderamente terrible; es fuerte este hombre en su magnífica soledad. Poco a poco, a lo largo de sus peregrinaciones y de sus estadas en los cuartos de las fondas, este viajero ha ido quedándose sin amistades. Su amistad compromete a los respetables profesores; nadie quiere parecer solidario con sus pensamientos. Y este caballero, al pensar en el espanto, en el recelo que su pensamiento inspira, ha sonreído; en sus claros y bellos ojos ha brotado un resplandor que no hay en los ojos de los demás mortales.

En esta hora de silencio, después de haber estado en los alrededores del pueblo—lleva ya varios días en la ciudad el viajero—; en esta hora de silencio, tras un breve paseo, la mano titubeante del huésped se alarga a uno de los frasquitos; el dolor agudo de cabeza que el caballero siente lo van a remediar unas gotas de este licor. Más tarde, cuando no pueda dormir, otras gotas de otro pomito, le darán al caballero el reposo deseado. Ahora se pone otra vez a escribir ante la mesa. Desde la mañana, durante todo el día, sin parar, con alegría, con ardor, ha estado llenando cuartillas este hombre. Luego ha salido, y en el campo respiraba a plenos pulmones este aire tan seco y vibrátil que llena la campiña. En la lejanía resaltaba la montaña como si fuera de porcelana. En cuanto suene

la campana, bajará al comedor el caballero y se sentará a la mesa. La mesa, en estos años de 1800 a 1900, es una larga mesa en torno a la cual se sientan todos los huéspedes del hotel. El vecino del caballero, no sabe quién es el que a su lado se acomoda; pero de cuando en cuando, tiene para él una atención que le cautiva. Y a veces dice palabras tan discretas, tan profundas, que hacen que los demás comensales suspendan, extrañados, las conversaciones para escucharle. Con la misma finura con que ha llegado a la mesa, se retira luego. El camarero dice, cuando le preguntan, que no sabe cómo se llama; es sencillamente "el señor del catorce". Y un día el señor del catorce se marcha. ¿Dónde irá? ¿A qué país se encaminará? Aire, aire fino y seco es lo que va buscando este hombre de ciudad en ciudad; aire y manjares nutritivos y que no pesen en el estómago. Y sus dolores no cesan; todo su cuerpo es un pobre y mísero armatoste; todo falla en él, menos el entusiasmo. La enfermedad le hace ser optimista; cuanto más enfermo está, tanto más entusiasmo siente por su obra. Y su mirada pasea en la soledad del cuarto de la fonda, por el brillante cristal de sus botellitas. El dolor hace que, en estas horas de angustia, su vista baje; se queda en esos instantes casi ciego; pero, en su ceguera, cuando no ve más que la silueta de las cosas, ve también el brillar de los cristales de sus frasquitos. ¿Y qué finura hay en este hombre! ¡Qué palabras tiene tan delicadas y elegantes, tan sutilmente halagadoras para una mujer, cuando se encuentra una en su camino! No es feminista este caballero, y sin embargo, él sueña con una mujer que pueda continuar su pensamiento y cuya sensibilidad pueda modelar él. Y su desengaño ha sido terrible, cuando, fiado en las apariencias, ha creído que una mujer, que había encontrado en su ruta, iba, por fin, a comprenderle. No ha sido así; otra vez se ve en la terrible soledad en que antes vivía. Y de nuevo la mano temblorosa, como siempre, se alarga hacia el botellín de cristal.

Un día, después de haber andado mucho de ciudad en ciudad (Sorrento, Turín, Venecia, Génova, Marienbad), en la calle sufre un desvanecimiento. Llevado a un hospedaje, al volver en sí, es ya otro hombre; la razón, fluctuante anteriormente, está ya desvanecida; de cuando en cuando, tiene el caballero un momento de lucidez. Pero la tragedia de Federico Nietzsche está ya consumada; él, que admiraba tanto a Maupassant, tiene el mismo fin trágico que Maupassant. Se han publicado recientemente, en francés, dos libros que tocan a la vida y la obra de Federico Nietzsche; uno del doctor Podach, acerca de la enfermedad y la muerte del filósofo; otro de Stefan Zweig, titulado "Nietzsche". Y además, ha salido también a la luz una nueva traducción francesa del maravilloso libro del filósofo "Ecce homo". Nunca una personalidad ha sido tan agudamente analizada como la de Nietzsche por Nietzsche mismo. Páginas insuperablemente bellas, y páginas de una emoción profunda y conmovedora.

Azorín

Madrid, 1931.

INDICE



12 LIBROS QUE LE INTERESAN:

Ellen Key: <i>El siglo de los niños</i> . 2 tomos	3.00
Academia Española: <i>Gramática de la lengua española</i> . Pasta	9.50
José Asunción Silva: <i>Poesías</i> . Edición definitiva	4.00
Margarita Comas: <i>La coeducación de los sexos</i>	2.00
Stendhal: <i>Vida de Enrique Brulard</i> . Novela autobiográfica	3.75
Zorrilla: <i>Tabaré</i> . Pasta	5.00
Romain Rolland: <i>Vida de Ramakrishna</i>	3.50
Joaquín Cabezas: <i>Tratado de Gimnasia Educativa</i>	10.00
F. A. Vuillermont: <i>La juventud y los deportes</i>	2.00
León Trotsky: <i>La Revolución Permanente</i> . La teoría fundamental de Trotsky sobre las revoluciones y su desarrollo	3.50
Wilhelm Schapp: <i>La Nueva Ciencia del Derecho</i>	6.50
Lissagaray: <i>Historia de la Commune de París</i> . Pasta	12.50

Solicítelos al Adu. del Rep. Am.

El Instituto de Alajuela

= Envío del autor =

Se desentierro el muerto para enterrar al vivo, decía un profesor ilustre en la Escuela de Derecho; sin embargo, debo confesar que no aspiro al título de sepulturero, y si de vez en cuando exhumo antigüedades es con el objeto de que no se pierdan al correr de los años. Muchas de estas investigaciones tienen un valor relativo, con frecuencia interesan solamente a un grupo limitado de amistades; mas para la historia de la cultura nacional es necesario consignar ciertos datos que después sería difícil obtener.

A pesar de la dificultad para recordar siquiera el número de nuestros compañeros de colegio, después de medio siglo, cuando muchos han muerto y nadie conserva los libros de matrícula, hemos logrado recoger más de cuarenta nombres, quizá con algunos errores y seguramente con muchas omisiones. Algunos de aquellos estudiantes han llegado a Secretarios de Estado, Magistrados y Ministros Diplomáticos, o Comisionados Especiales en Exposiciones Internacionales, otros siguieron la carrera del Magisterio, el Notariado; alguno desempeña actualmente la Secretaría del Instituto, otros han sido profesores en el mismo establecimiento, etc., de manera que aquella simiente produjo sus frutos en servicio del país, sin contar con los beneficios parciales que se reflejan en la cultura general de la provincia de Alajuela.

Por las aulas del viejo Instituto Municipal pasaron: David Ardón, Gerardo Benavides, Genaro Bonilla, Carlos Cabezas, Manuel y Rafael Calvo, Manuel y Tito Carrillo, Federico Carvajal, Manuel Casares, Ardilión, Célamo, Julio y Leonte Castro, Alberto, Leopoldo y Alejandro Fernández, Ricardo Fernández Guardia, Luis Loría, Mariano Matamoros, José María Flores, Carlos Montero, Rafael Obregón, Francisco y José Ocampo, Secundino Orozco, Maximiliano Pacheco, Alberto, Gumersindo y Roderico Rodríguez, Juan Paniagua, Ismael Rojas, Pompilio Ruiz, Ceslao Saborío, Clodomiro y Juan Sibaja, Federico Solórzano, Cipriano, Gerardo, Jenaro, Leopoldo, Carlos y Alberto Soto, Ildelfonso Ulate, Buenaventura y Gerardo Villegas, Carlos Zamora, etc.

Nuestra educación primaria había tenido un carácter colombiano bien marcado: habíamos asistido primero a la Escuela Maternal de doña Carolina y la señorita María de la Guardia, su hija; después aprendimos la puntuación y pausas bajo ritmo musical: "La vaca come hierba, heno y pasto uno, dos, tres, cuatro)". Así enseñaba la señora madre de don Bernardo Uribe; ella tenía una Escuela de párvulos, y su hijo era director en la Escuela Superior de Varones. Más tarde escuchamos, como alumnos, al mismo don Bernardo, a don Faustino Caicedo, don Antonio Mier, don José María Barrionuevo y don Clímaco de la Roche, todos colombianos. Las Fábulas de Samaniego eran nuestro libro de lectura, corriendo el peligro de no apren-



Los alumnos del Instituto Municipal de Alajuela no usaban uniforme en 1880.

der a leer, porque la cadencia del romance encomendaba a la memoria la mayor parte de aquellas lecturas. Sin embargo, aquella educación que parecía literaria, aparejaba las Matemáticas, la Geografía e Historia, sin descuidar los ejercicios físicos, baños de natación, etc., de manera que los alumnos del Instituto tenían bases amplias para entrar en los estudios superiores con el licenciado don León Fernández, que fué seguramente uno de los hombres de cultura más amplia que ha tenido Costa Rica y quizá la América Central.

Alajuela ha sido la tierra de todos: allí hemos visto un Gobernador cubano, el Director del Instituto portorriqueño, más adelante argentino; profesores españoles, Comandantes de cuartel ecuatorianos, médicos del pueblo guatemaltecos, Hermanas de Sión francesas, como directoras del primer colegio de monjas y Escuela Pública de Mujeres, Curas de nacionalidades diversas, sin que jamás se haya levantado una protesta lugareña.

El primer templo masónico que vimos estaba en la casa que fué de un sacerdote católico, como si aquella tierra privilegiada fuera un centro de tolerancia cosmopolita. Sin embargo, tales manifestaciones que parecieran de un pueblo sin patria y sin hogar, ha producido un Gregorio José Ramírez, un Juan Santamaría, un Juan Alfaro Ruiz, tipos acabados del nacionalismo más puro y desinteresado que registran las páginas de nuestra historia.

Al terminar el segundo año del Instituto, en noviembre de 1880, decía el licenciado don León Fernández: "nada puede ser más grato para todos aquellos que se interesan por el progreso moral e intelectual de Alajuela, que este momento solemne en que profesores y educandos ofrecen al público el fruto de sus labores durante el presente año".

"A pesar del número y variedad de las materias, y no obstante que los exáme-

nes privados no han podido ser más rigurosos y, puedo decirlo, hasta inusitados, así por su duración, como porque en varias asignaturas los examinadores no se han limitado al texto adoptado en las clases, la mayor parte de los jóvenes han obtenido la nota de sobresalientes".

Al referirse a los trastornos e intrigas que parecían iniciarse para el año siguiente, agregó: no temáis, jóvenes, por vuestro porvenir, vuestra carrera no será interrumpida, aunque fuera preciso continuar dando gratis las clases, a lo cual estamos dispuestos tanto el director como el cuerpo de profesores, antes que permitir la interrupción de vuestras tareas. Bien sabéis que no sería ésta, para mí, la primera vez que tengo el gusto de poner a vuestra disposición y gratis mis pocos conocimientos".

Ese era el León de bronce de Alajuela, el que nunca se dejó majar la cola; pero el más generoso de los hombres. No solamente daba lecciones gratis en aquel Instituto inolvidable, sino también en su casa, en vispera de exámenes, desatendiendo su clientela de abogado y sus negocios comerciales. Más aún, cuando se cerró aquel plantel de Educación Secundaria, a mediados del tercer año, por disposición económica gubernativa, el licenciado Fernández hospedó en su casa de San José algunos estudiantes para que termináramos en el Instituto Nacional nuestras labores, hasta llegar al Bachillerato, diez y ocho meses más tarde, porque los cursos estaban compendiados entonces en cuatro años lectivos.

El Instituto inauguró sus tareas de matrícula en enero de 1879 y al medio día del primero de febrero comenzaron las clases bajo la dirección de don Antonio Espinal, emigrado político cubano, que vino a Costa Rica con el doctor Zambrana, don Pedro Acosta y otros varios, a los cuales se procuró colocar de manera que su destierro les fuera llevadero hasta donde nuestros pequeños recursos económicos lo permitían. El doctor Zambrana se radicó en San José, don Pedro Acosta ocupó la Gobernación de Alajuela y su hijo servía como militar, en servicio activo, en el cuartel de Alajuela.

En su principio las clases estaban reducidas a Aritmética razonada, Geografía e Historia Antigua, Castellano, Caligrafía, Latín, Religión e Historia Sagrada, Inglés, Francés y Teneduría de libros para el primer año. Como profesores había el mismo director Espinal, el presbítero español doctor José Rodríguez, licenciado Andrés Avelino Sibaja, don Juan José Martínez, don Faustino Caicedo, y después don Benjamín Piza, como profesor de Inglés y Francés. El director ganaba 150 pesos oro y los profesores 90 ó 60 según las horas que tuvieran de servicio.

Se había destinado para local del Instituto el Cuartel Viejo, situado en la esquina Nordeste del Mercado actual; era un edificio de gruesas paredes de adobes, pero amplio, de un cuarto de man-

zana, y con salas espaciosas para aulas, dirección, secretaría y salón de actos públicos, sin que se echara de menos un cuarto oscuro para recluir a los alumnos acusados de alguna falta, y que por cierto conocí muy a pesar mío, por no denunciar a los autores de un escándalo que molestó con justicia al señor director don León Fernández, al finalizar el primer año de labores, pues en setiembre renunció don Antonio Espinal, y el licenciado Fernández se hizo cargo del Instituto, en octubre, para terminar el año lectivo, con la única condición de que sus servicios fueran gratis, como director y profesor de algunas asignaturas, en que entraban el Latín, Francés e Historia; así terminamos el año de 1879, con resultados excelentes, a pesar del retiro del señor Espinal, cuando faltaban apenas tres meses para rendir los exámenes finales.

En 1880 tomó el colegio, por contrato, don Enrique Villavicencio mediante una subvención de 400 pesos mensuales, que pagaban por mitades el Gobierno y la Municipalidad de Alajuela. La matrícula era de tres pesos por trimestre, pero los niños pobres no estaban obligados a pagar y recibían además los útiles y libros que necesitaban.

En el segundo año recibíamos: Etimología, Retórica y Poética, Historia de la Literatura española, Latín, Álgebra, Geometría plana, Dibujo lineal, Historia Romana y de la Edad Media, Inglés y Francés. El fuerte del señor Villavicencio eran las Matemáticas. Así, con la ayuda gratuita del licenciado Fernández, se sostuvo el Instituto con pocos profesores auxiliares, de los mismos que habían servido el año anterior, o con ligeras variantes, en que entraron jóvenes como Miguel Obregón, Marcial Rojas, Marcelino Pacheco, etc., quienes se conformaban con una dotación reducida para sostener el Instituto, pues allí se educaban sus propios hermanos.

Al iniciarse los trabajos del tercer año, en 1881, el número de alumnos había crecido considerablemente y como la subvención no crecía de la misma manera, algunos alumnos, como Cipriano Soto se ofrecieron para dar lecciones en el primer año; así pudo sostenerse la vida del plantel hasta mediados del curso, en que el Gobierno le quitó la pequeña subvención de que había disfrutado para atender al pago de profesores.

Durante ese tercer año recibíamos: Trigonometría rectilínea, Astronomía, Cosmografía, Historia especial de Costa Rica y Centro América, Historia Moderna y Contemporánea, Química, Historia Natural y Agricultura. La subvención, que era de 450 pesos, se suspendió y como había profesores, entre ellos el señor Villavicencio y don Manuel Veiga López, que vivían exclusivamente de su sueldo, se apagó la lámpara de Educación Secundaria, sin que la buena voluntad de los jóvenes Obregón, Rojas, Pacheco y otros pudiera reanudar eficazmente sus labores, a pesar de los esfuerzos inauditos que hicieron en ese sentido. Don León Fernández trasladó su domicilio a San José, y Alajuela se quedó prácticamente a oscuras por algunos años.

En la Gaceta Oficial de 14 de marzo de 1880 informa el señor Gobernador de

Alajuela lo siguiente: "como lo habíamos pensado, el señor don Enrique Villavicencio, que en enero tomó a su cargo el Instituto Municipal de esta ciudad, por contrato celebrado con la Honorable Corporación, lo ha organizado convenientemente con cinco competentes profesores, y establecido una escuela preparatoria".

"El número de alumnos que hoy tiene excede de cuarenta y los resultados vienen siendo satisfactorios, y hacen cifrar en ellos un buen porvenir para la juventud".

En el periódico josefino "El Impar-

Anastasio Alfaro

Marzo, 1932.

¿Cuáles son los cinco o seis mejores libros escritos en Hispanoamérica desde su independencia hasta nuestros días?

¿Cuál la obra hispana más original y cuáles las literaturas extranjeras que más influencia han tenido en nuestros escritores?

= Encuesta literaria tomada del Suplemento de *Imparcial*, Montevideo, del 19, 20 y 23 de diciembre de 1925 =

(Véase la entrega anterior)

De VÍCTOR ANDRÉS BELAÚNDE:

9 Rue Gallée, Paris, 10 de febrero de 1926.

Señor don Hugo D. Barbajelata.— Ciudad.

Distinguido colega: Doy respuesta al muy interesante cuestionario que me envía usted a nombre de *Imparcial* de Montevideo.

En la evolución intelectual de Hispano-América hay tres momentos culminantes: político, económico y estético. Cada uno de esos momentos está encarnado por una obra que determina una orientación fundamental. Bolívar en sus cartas y discursos representa nuestro más original pensamiento político. Sarmiento, en *Facundo*, y Alberdi, en las *Bases*, encarnan la dirección económica que supone la visión realista de la tierra y el dominio de ella. Rodó representa el anhelo de una cultura idealista y desinteresada y por lo mismo, marca una dirección estética.

Me quedarían dos unidades que distribuyo dedicando una a la novela y otra a la poesía.

En el orden narrativo, América ha producido en la *tradición*, un género original y típico, expresión profunda del alma colonial. Las Tradiciones de don Ricardo Palma ocupan, pues, el cuarto lugar en mi respuesta.

En el orden poético, creo que José Asunción Silva es nuestro más grande lírico. Otros serán más perfectos y más variados; pero nadie ha sabido expresar con más intensidad en nuestra lengua, en los últimos tiempos, la esencia de la poesía que es el sentimiento del amor, del infinito y de la muerte.

Con este criterio, no vacilo en afirmar que en el orden de la literatura que podríamos llamar vital, hay tres unidades fundamentales. Considero como un todo indivisible las cartas, los manifiestos y los discursos de Bolívar. Formo otra unidad del *Facundo* y las *Bases*. Sarmien-

cial" de aquella época, se publicaron algunos artículos referentes en parte al Instituto de Alajuela; pero tales escritos tienen el carácter de polémica, cuyos actores duermen desde hace muchos años el sueño tranquilo de la vida eterna, que todos debemos respetar.

Queda para los jóvenes actuales la tarea de completar estos datos, en lo que se refiere a las etapas posteriores del Instituto de Alajuela, considerando estos apuntes tan sólo como la primera piedra colocada con la mejor buena voluntad por quien conserva los recuerdos más gratos de aquella institución inolvidable.

to y Alberdi en esta etapa de nuestra evolución intelectual, son inseparables. Tratándose de Rodó, pongo al lado del Ariel, la expresión más alta del nuevo ideárium americano, los ensayos sobre Montalvo, Bolívar, Rubén Darío, Liberalismo y jacobinismo en América, sino de la lengua española, en el siglo XIX.

Bien sé que reducidas a cinco las obras principales, cuya designación somete *Imparcial* al sufragio de los escritores americanos, no quedan incluidas muchas otras que representan valores esenciales en nuestra cultura. Saliendo del cuestionario, me permito llamar la atención a la conveniencia de agrupar las obras más representativas en corrientes o movimientos principales. Aunque incompleto como todo esquema, creo que puede ser de utilidad el que alguna vez he insinuado en mis conferencias sobre Civilización hispano-americana en los Estados Unidos. El señala las siguientes corrientes fundamentales: primera: la humanista de la Gran Colombia (poetas líricos, críticos y gramáticos); segunda: la pragmática, realista o nacionalista del Plata (publicistas, o escritores políticos y poetas del terruño); tercera, el criollismo peruano; y cuarta, el modernismo, movimiento que ha sido general en toda América (poetas innovadores y ensayistas).

Bello, Olmedo, Pombo, Caro, González, S. Vicente, Montalvo, Cuervo, son las grandes figuras del humanismo de la Gran Colombia. En el centro mismo de esta tierra colombiana, aparece la novela que no ha envejecido y no envejecerá, de inspiración romántica y reflejo palpitante de aquella hermosa naturaleza: María.

En el movimiento del Plata, hay que considerar al lado del *Facundo* y de las *Bases*; la poesía gauchesca, cuyo exponente más alto es el inmortal Martín Fierro, tan profundamente original y representativo y los poetas románticos Már-

mol y Andrade. En esta misma tierra del Plata, surge llena de las manifestaciones más genuinas de la poesía americana: el Tabaré de Zorrilla de San Martín.

El criollismo peruano está no sólo representado por las Tradiciones de Palma, sino por el teatro de Segura y la sátira de Pardo, Fuentes y Juan de Aroana. En contraste con la corriente de gracia y humorismo de la literatura peruana, aparece la altísima inspiración épica de Cisneros y se destaca la figura de González Prada, poeta conciso y profundo, ensayista y formidable escritor de combate.

A las corrientes citadas, habría que agregar los variados movimientos literarios de México, Cuba y Centro América. De México podría escogerse, tomando de los extremos del siglo xix, el Periquillo y los poetas líricos, como Gutiérrez Nájera, Mirón y Nervo; de Cuba el más grande lírico de la primera mitad del siglo xix en América: Heredia, y uno de los más grandes prosadores y sin disputa el más grande orador: Martí; de Centro América a Batres Montúfar, uno de los más grandes poetas cómicos de la lengua.

La corriente modernista, que ha tenido sus más altos exponentes en Darío, para la poesía y en Rodó para la prosa, está caracterizada por un principio de profunda renovación y de gran variedad en la lírica y por un bien definido idealismo en el ensayo.

La crítica designará la época de fines del siglo xix y comienzos del siglo xx como la edad de oro de la poesía lírica en Hispano-América. A los nombres citados, habría que agregar los de Herrera y Reissig, Lugones, González Martínez, Juana de Ibarbourou, Guillermo Valencia, Gabriela Mistral, José María Eguren.

Aunque de menor riqueza el movimiento novelesco de la época modernista, produce a su vez obras magistrales: la Gloria de don Ramiro de Enrique Larreta, el Embujado de Sevilla, bello coronamiento de una carrera en que cada nuevo éxito ha sobrepuesto al anterior, la Raza de Bronce de Arguedas, el Hombre de Hierro de Blanco Fombona. Sangre Patricia de Díaz Rodríguez, los cuentos de Ventura García Calderón.

El ensayo y la crítica figuran también brillantemente representadas en todos los países. Alfonso Reyes, Caso y Vasconcelos, Ricardo Rojas, Carlos Arturo Torres, Francisco García Calderón, Gonzalo Zaldumbide, Pedro Henríquez Ureña, Adolfo Agorio. Por último ha habido un dramaturgo genial: Florencio Sánchez.

¿Cuál será la nueva orientación del espíritu americano en la época actual? En medio a la incoherencia y a la anarquía reinantes, parece entreverse una profunda inquietud de orden moral y de justicia social.

¿Aparecerá para el espíritu americano una época ético-religiosa como ha habido una etapa política, otra económica y otra estética?

La segunda pregunta del cuestionario se refiere al libro más original de América. Este es, en mi concepto, el Facundo porque refleja un medio nuevo y

virgen, por el dinamismo que le anima y porque es inclasificable: tratado sociológico, panfleto político, descripción geográfica y relato histórico.

En cuanto a la tercera pregunta sobre las literaturas que han influido en la nuestra, debo decir que son tres las principales: la española, la francesa y la inglesa. La influencia predominante ha sido la francesa, sobre todo en el movimiento del Plata, en la corriente romántica y en la modernista actual. La influencia española ha sido más considerable en el humanismo colombiano y en el criollismo peruano. De menor intensidad la influencia inglesa, también se ha dejado sentir. Ella se nota en el humanismo colombiano, en Bello, el primer Caro, Núñez, admirador y discípulo de Arnold, y Carlos Arturo Torres.

Habría que indicar también la influencia norteamericana por Emerson y Poe, autores muy leídos en Hispano-América y la influencia italiana, diré mejor de D'Annunzio en los escritores de la última generación.

Le agradezco el honor que me ha dispensado usted al enviarme este cuestionario y le reitero mis sentimientos de estimación.

De usted affmo. amigo y servidor.—**Víctor Andrés Belaúnde.**

De VENTURA GARCÍA CALDERÓN:

Paris, domingo.

Mi querido compañero.

Respondo y comento: 1º ¿Por qué cinco o seis "mejores libros" y no diez o cincuenta? Porque no habría encuesta posible. Mas yo querría designar, a campo traviesa, si tuviera que llevar en mi avión un lote de libros preferidos, sin limitarme a los cien años de vida independiente que usted me impone:

Cantos de vida y esperanza, Facundo, Tradiciones Peruanas, Los Crepúsculos del Jardín, Plenitud, Ritos, Ariel, La Creación de un continente, Historia de la conquista de la Florida, La Cristiada, El embrujo de Sevilla, Siete Tratados, Question moral si el chocolate quebranta el ayuno eclesiástico, María, El Tempe Argentino, los discursos de Martí, Apologético en favor de Góngora, la Gramática de Bello, los sonetos de Sor Juana Inés de la Cruz. Del Plata al Niágara, las Cuaresmas del duque Job, los poemas escogidos de Juana de Ibarbourou. El Evangelio en triunfo, el "delirio" y las proclamas de Bolívar, las cartas de amor de Gertrudis Gómez de Avellaneda, Páginas libres, los Cálices Vacíos, El Periquillo Sarmiento, Lascas, Amalia, Una excursión a los Indios Ranqueles, Desde mi helvedere, un tomo de versos de López Velarde, las Tres Jornadas del cielo, Vía Purgativa, Iluminativa y Unitiva, de mi admirable compatriota Fray Juan de Peralta... El desorden ha sido premeditado.

2º La originalidad viene tarde y es, como usted sabe, una invención del siglo diez y nueve. Nunca el pintor de anunciaciones quiso averiguar si el Beato de Florencia había dispuesto, antes que él, semejante actitud de la mano arcangélica al ofrecer una flor y un pronóstico a la Virgen María. ¿En qué estriba, por ejemplo, la originalidad de las Prosas Profanas? Podríamos negarla años en-

teros con argumentos sin réplica, pero el libro de Rubén Darío continuará siendo con justicia la cartilla lírica de toda juventud americana. Si la originalidad consiste en inspirarse, sin "literatura", en asuntos locales, la creo más reciente...

3º Francia fué, por supuesto la gran maestra de verdad y de error. Al Norte fuimos alguna vez a visitar el asilo de Nietzsche o las llanuras de búfalos que presidía Walt Whitman, pero llevábamos prudentemente la traducción francesa en el bolsillo.

Un cordial apretón de manos de su affmo.—**Ventura García Calderón.**

De ENRIQUE JOSÉ VARONA:

Habana, 12 de noviembre, 1925.

Señor Hugo D. Barbagelata.—París.

Muy distinguido señor: He recibido, con todo el aprecio que usted merece, su carta circular de octubre.

Sus preguntas me han desconcertado; me han producido verdadera desazón. Me han hecho medir mi grande ignorancia de la vida intelectual de los pueblos de mi misma lengua, en mi propio hemisferio. Verdad es que nací y me formé en tiempos en que las repúblicas hermanas estaban casi incomunicadas con Cuba. Conocí, como por casualidad, una de las obras de Sarmiento, no su famoso "Facundo"; maneje temprano antología de poetas de esos países; y uno de mis vademécum y de mis iniciadores en las doctrinas políticas consistió en las "Leciones de política positiva" de Lastarria. No es para olvidar la célebre historia de Baralt. Algo tarde vine a estudiar los "Apuntes sobre el lenguaje bogotano". Apenas recuerdo más.

Después, a salto de mata, he leído la "María" de Isaacs; las poesías completas de Andrés Bello; las novelas de Hugo West, con la perla de su joyero, "Flor de durazno"; el teatro del malogrado Florencio Sánchez, las poesías de Rubén Darío y de la señora Ibarbourou y alguna otra obra tan célebre como éstas.

Recientemente he recorrido con atención algunas historias literarias, como la de la literatura uruguaya, que usted sobradamente conoce, y la para los cubanos insoportable de Menéndez y Pelayo. Digo, para los cubanos que piensan como yo. Vea usted qué pobre bagaje.

Eso no obstante, y ciñéndome a la poesía, me atrevo a contestar su tercera pregunta, diciendo, que la influencia de las letras españolas y francesas ha sido primordial y paralela en los poetas latinoamericanos, y en segundo término la de las inglesas. Quizá en la Argentina haya dejado algo la gran literatura italiana. No lo sé.

Soy su atto. S. S.—**Enrique José Varona.**

De MAX GRILLO:

Río de Janeiro, noviembre 27 de 1925.

Son bien difíciles de contestar con acierto las tres preguntas de su nueva encuesta.

1º Los seis mejores libros escritos en Hispano-América desde la época de la

Independencia hasta nuestros días, son para mí: Los discursos y correspondencia, de Bolívar; Las apuntes críticas sobre el lenguaje bogotano, de Rufino José Cuervo; María, de Jorge Isaacs, Cantos de vida y esperanza, de Darío; Capítulos del Quijote que se olvidaron a Cervantes, por Juan Montalvo, y Facundo, de Sarmiento.

¿La obra más original escrita en Hispano-América? Cepos quedos.

Pues la Gramática de la lengua Castellana, por Andrés Bello, dado que no puedo citar las obras de Caldas, anteriores a la Independencia.

A la última pregunta es más fácil contestar:

Las literaturas que mayor influencia han tenido en América española, son la española, naturalmente, y la francesa en segundo término.

Soy de usted atento servidor y amigo.
—Max Grillo.

De GONZALO ZALDUMBIDE:

París, 9 de diciembre de 1925.

Señor Hugo D. Barbagelata.

Mi querido amigo: Me es grato complacerle en responder a su interesante encuesta última:

¿Cuáles son, pregunta usted, los cinco o seis mejores libros de Hispano-América, desde la Independencia?

No pudiéndose comparar obras de diverso género, menester será considerar los diferentes órdenes por separado. Cada uno ostenta una o más obras excelentes. Yo designaría como las mejores:

En la novela, la admirable, a todas luces admirable e inspirada *Ifigenia*, de Teresa de la Parra.

En poesía, todavía *Los cantos de vida y esperanza*, de Darío.

En historia, tal vez ciertas páginas de *Riva-Agüero*.

En sociología, cualquiera de los libros de *Francisco García Calderón*.

En polémica, las *Catilinarias*, de *Juan Montalvo*.

En crítica, ciertos ensayos, aun no recogidos en volumen, de *Remigio Crespo Toral*.

En oratoria, ciertas arengas de *Martí*, etc., etc.

¿Cuál es la obra más original?

El criterio de originalidad, para literaturas en formación como la nuestra, o es vano o es nefasto. Por hoy, es el que priva en todas partes, a pesar de ser el más precario o el más engañoso. No hay originalidad auténtica fuera de la que casi se ignora a sí misma. Buscarla, es a menudo falsearla. Los griegos no preciaban la originalidad y volvían sin cesar a la piedra de toque de los temas bien delimitados y sin embargo inagotables. En América, el deseo de originalidad excita la falsa sinceridad, la falta de respeto a la verdad de las cosas, la insuición a la lógica arquitectura intelectual y a la natural jerarquía de los conceptos. Más conveniente nos sería sustituirlo por el criterio de perfección, el único que rige las obras hechas para durar.

¿Cuáles las literaturas de mayor influencia sobre la nuestra?

Exclusivamente la francesa y la española, con raras excepciones modernas.

No me es posible explicar aquí opiniones tan sumarias.

Lo saluda, su amigo.—**Gonzalo Zaldumbide**.

De JOSÉ VASCONCELOS:

París, diciembre 13 de 1925.

Juzgo muy importante su encuesta, porque ella servirá para volver a llamar la atención sobre los valores de nuestro continente.

Me atrevo a poner entre la media docena de los libros más importantes escritos en América Española, los siguientes:

El *Facundo*, de *Sarmiento*; Las prosas políticas y sociales, de *Montalvo*; Las doctrinas constitucionales y políticas, de *Alberdi*; La obra educativa, de *Bello*; La obra patriótica, de *Martí*; Las leyes y reformas, de *Juárez*.

Todo esto nos da seis nombres de constructores de nuestra civilización de la época independiente:

Sarmiento, *Montalvo*, *Bello*, *Alberdi*, *Juárez*, *Martí*.

La obra hispano-americana más original me parece, hasta la fecha, la de *Rubén Darío*, porque expresa el temperamento peculiar de la raza hispano-americana; una raza que, sin renegar de la razón y la moral, busca el secreto de la vida en la belleza.

Creo, por más que se diga en contrario, que somos ante todo españoles, y que es española la influencia predominante en nuestros países. El número de personas que lee libros escritos en idioma extranjero es muy limitado, de allí que aun lo extraño nos llega a la América después de haber sido traducido en España. Sin embargo, en el orden social y político debemos mucho a Francia, y hay que seguir imitando su ejemplo de no sacrificar las libertades públicas a ningún miraje, a ningún fetiche político o social. Muy intensa es también en nosotros la influencia italiana, en la mentalidad y en la arquitectura. Además en las últimas décadas, la emigración italiana nos ha llevado un aporte de sangre cuyo alcance no se puede aún prever. Pero si ha de salir de todo esto un fruto logrado, es indispensable que renunciemos a toda influencia particular, y que se inunde nuestro espíritu en la cultura universal, a la hora, quizás próxima, en que comience a escribir su mensaje.—**José Vasconcelos**.

De RICARDO ROJAS:

Buenos Aires, 2. I. 1926.

Señor don Hugo D. Barbagelata.—París.

Mi estimado amigo: No es fácil responder a la encuesta de *Imparcial*, y lo hago sólo porque usted firma la carta, y no quiero ser desatento con usted una vez más. Aunque usted me ha perdonado, porque sabe cuanto lo aprecio y cuanto apretado suelen tenerme las tareas, ello no me da derecho a seguir reincidiendo. Pero he aquí que, cuando me dispongo a mostrarme un caballero cortés, me hallo con que no puedo contestar a sus preguntas. Me parece prematuro o mal planteado el interrogatorio. Preferiría

que se preguntara por naciones y géneros, a fin de ir de lo particular a lo general. La literatura hispano-americana es una entidad todavía vaga y llena de lagunas. Sobre algunos autores, estamos ya más o menos de acuerdo en el Continente: *Sarmiento*, *Montalvo*, *Palma*, *Bello*, *Rodó*, *Martí*, *Darío*, etc.; peño—advierta usted—son casi todos publicistas fragmentarios o autores de obras tan breves como el canto, el ensayo y el cuento. Libros, tenemos pocos. Usted pregunta por los mejores. ¿Y qué se entiende por los mejores? Los más afortunados son el "*Facundo*", "*María*", "*Ariel*", etc. Y luego queda en pie la duda del género, pues no me resulta fácil comparar las "*Relaciones de la Iglesia con el Estado*", por *Vélez Sarfield*, y la "*Filogenia*", por *Ameghino*, y el "*Martín Fierro*", por *José Hernández*, y el "*San Martín*", por *Mitre*, y "*La Gloria de Don Ramiro*", por *Larreta*, para no citar sino obras argentinas. La novela, el teatro, los géneros de imaginación, están formándose ahora, y acaso lo mejor es lo que aun no tiene fama. En cuanto a los poetas líricos, habría que decir claramente que no escriben libros sino poemas breves—(a veces tan breves y leves como un suspiro)—que luego se compilan e imprimen en volúmenes, con muchas páginas en blanco, papel muy grueso para abultar, y composiciones heterogéneas como asunto, y de valor diverso. Más difícil me resulta evacuar las cuestiones segunda y tercera de su interrogatorio. ¿Qué entendemos por "originalidad"? Yo no sé si usted se refiere a la raza y al genio individual, o al asunto y los medios de expresión artística. Según el punto de mira, mi respuesta podría variar: le diría, por ejemplo, el "*Martín Fierro*", o bien algunas composiciones que no son libros: algún discurso de *Martí* (por la prosa), alguna tradición de *Palma* (por el ingenio), algún canto de *Rubén* (por el ritmo)... Ya ve usted que la cosa se sutaliza y enreda mucho... en cuanto a la tercera pregunta, la ambigüedad también existe, porque no sé si usted considera "extranjera" a la literatura española de España, rama de un mismo tronco por la lengua, pero extranjera en cuanto al territorio y el ambiente político. La literatura ha sido la más influyente, aun sobre los autores más anti-españoles en apariencia, como *Sarmiento*, *Martí* y *Darío*. En otros, actuales, la sugestión es evidente, sobre todo si se trata de dramaturgos y novelistas. En movimientos, como el romanticismo de 1830 a 1880, se ha creído ver una exclusiva influencia francesa, pero hoy se sabe que las cosas llegaban a través de *Larra*, *Bécquer*, *Zorrilla*, etc., etc. y que hubo también influencias paralelas de *Leopardi*, *Byron* y *Heine*, que no eran franceses. A partir del 900, la sugestión de *D'Annunzio*, *Ibsen*, *Wilde* y los rusos ha sido más poderosa y profunda que la de Francia en lo substancial. La literatura francesa ha influido en cierto sentido de la comparación, como escuela de proporción y de "buen gusto", no siempre compatible con la índole de los asuntos americanos. En resumen, puedo decirle que necesitamos emanciparnos de toda tiranía exte-

rior si queremos dejar de ser colonias literarias, y crear nuestra conciencia de cultura en cada nación hispano-americana para poder crear los libros que usted busca y valorizarlos luego dentro de una jerarquía continental. Le estrecha la mano, su afmo. colega y amigo.—Ricardo Rojas.

De LUIS VARELA ORBEGOSO:

Lima, 15 de noviembre de 1925.

Señor Hugo D. Barbagelata, Director de los Servicios Parisienses del Imparcial de Montevideo.—París.

Distinguido amigo: He sido honrado con su carta de octubre pidiendo mi colaboración en la encuesta con tan feliz idea propiciada por usted.

1º ¿Cuáles son los cinco o seis mejores libros escritos en Hispano-América, desde la época de su Independencia hasta nuestros días?"

"Las Tradiciones Peruanas" de Ricardo Palma.

"Prosas Profanas" de Rubén Darío.

"Tabaré" de Juan Zorrilla de San Martín.

"Los Siete Tratados" de Juan Montalvo.

"Las democracias latinas de América" de Francisco García Calderón.

"Ariel" de José Enrique Rodó.

2º ¿Cuál es la obra hispano americana que usted conceptúa más original?

"Las Tradiciones Peruanas" de Palma.

3º ¿Cuáles son las literaturas extranjeras que más influencia han tenido sobre nuestros escritores?

La francesa en las capas superiores de la intelectualidad americana; la española en los primeros años de la emancipación y en el elemento estudiantil secundario.

Ofrezco a usted el testimonio de mi consideración más distinguida.—Luis Varela Orbegoso.

sayos de Psicología contemporánea de Paul Bourget; lee los cuentos de Maupassant y admira a "este gran latino".

Compra y comenta con lápiz al margen el Esbozo de una moral sin obligación ni sanción. Guyau había tenido, como Nietzsche y al mismo tiempo que él, la idea de fundar una moral sobre las modalidades expansivas de la vida; pero Guyau las interpretaba en otro sentido y comprendía como fuerza de amor lo que para Nietzsche era fuerza conquistadora. No obstante, el acuerdo inicial es seguro, y Nietzsche estima la obra inteligente y pura del filósofo francés.

"Conoce usted a Dostoiewsky—escribe a Peter Gast.—Nadie, fuera de Stendhal, me ha satisfecho y deleitado tanto. He ahí un psicólogo con el cual me entiendo.

Nietzsche admira a Stendhal, pero no quiere ser un stendhaliano. Las creencias cristianas han nutrido su infancia, las disciplinas de Pforta lo han madurado, Pitágoras, Platón y Wagner han acrecentado y elevado sus deseos.

En esta nota señala Nietzsche a Goethe como el inspirador de su último trabajo. A decir verdad, ninguna naturaleza tan diferente a la suya, pero esta misma diferencia es la que determina su elección. Goethe no ha humillado ninguna forma de la actividad humana, ni ha excluido la menor idea de su mundo intelectual; ha recibido y administrado, como un dueño benévolo, la inmensa heredad de las culturas humanas.

Durante estos días de fatiga y de tensión, hizo una de las lecturas más importantes de su vida, y la última. Deseando conocer el modelo de esas sociedades jerarquizadas cuya renovación había esperado, consigue una traducción de las leyes de Manú. La lee y su esperanza no se ve defraudada. Este código, que establece las costumbres y el orden de cuatro castas; este lenguaje, tan bello, tan sencillo y tan humano en la misma severidad; esta constante nobleza, y, por último, esta impresión de seguridad y de dulzura, que se desprende del conjunto del libro, lo entusiasmaron.

A propósito de Nietzsche

(Viene de la página 145)

fía anteriores a Platón. A través de veinticinco siglos, una luz admirable descendió sobre él, disipando las dudas y las sombras.

Paseaba con su hermana, charlaba, reía, soñaba y leía. ¿Qué leía? Schopenhauer, sin duda; y luego Montaigne.

La crisis se atenuó; pudo levantarse y pasear por los bosques. Había llevado consigo el Quijote; leyó este libro "amargo entre todos", burla de todo noble esfuerzo.

Como el cuidado de sus ojos no le permite trabajar de noche, su hermana le leía novelas de Walter Scott. Le agradaba en ellas la narración sencilla, "el arte sereno, el andante", según escribe; le agradaban igualmente las aventuras, las aventuras heroicas, ingenuas y complicadas.

Federico Nietzsche escuchaba estas historias y decía a la señorita de Meysenburg:

—El hombre a quien más venero es Mazzini.

Ella insistió, y la conversación se exacerbó un tanto. Pero no tardaron en hacer las paces leyendo a Tucídides.

Y se acuerda de aquellos franceses, cuya lealtad tanto ama: Pascal, La Rochefoucauld, Vauvernagues, Montaigne.

"Sólo un libro—escribía Pablo Rée—me ha sugerido tantas ideas como el suyo (1): las conversaciones de Goethe con Eckermann".

Sin esfuerzo, con una sola mirada, encontró en ella lo que le habían dado en otro tiempo sus maestros griegos: Homero, Theognis, Tucídides: la sensación de una raza lúcida, que vive sin ensueños ni escrúpulos.

Federico Nietzsche ha seguido escuelas más viriles: escucha a Empédocles, a Heráclito, a Spinoza, a Goethe, pensadores de mirada serena, que saben estudiar la naturaleza sin buscar en ella ningún asentimiento a sus deseos. Continúa obediente a estos maestros, y siente crecer y madurar en sus adentros una idea grande y nueva.

El mes de enero pasa sin que una nube empañe su cielo: En signo de gratitud, Nietzsche dedicará a este mes espléndido el

cuarto libro de la *Gaya Scienza*, que intitula *Sanctus Januarius*: libro admirable, rico en pensamiento crítico, en íntimas sutilezas y dominado, de la primera a la última página, por una noción sagrada: *Amor fati*.

Se dirige a Suiza, a fin de leer libros de ciencia histórica y natural en la Biblioteca de Basilea.

Por la noche, Nietzsche escribía, o Lanzky le leía en voz alta algún libro, con frecuencia un libro francés: las cartas del abate Galini, *El Rojo y Negro*, *La Cartuja de Parma*, *Arlancia*, de Stendhal.

Tal vez releyó entonces algún libro de Gobineau (admiraba al hombre y a la obra).

Se familiariza con las obras de los decadentes franceses, aprecia los escritos de Baudelaire sobre Ricardo Wagner y los En-

JOHN M. KEITH & Co., Inc.

SAN JOSE, COSTA RICA

Agentes y Representantes de Casas Extranjeras

Cajas Registradoras "NATIONAL"

The National Cash Register Co.

Máquinas de Contabilidad "BURROUGHS"

Burroughs Adding Machine Co.

Máquinas de Escribir "ROYAL"

Royal Typewriter Co., Inc.

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas

Globe Wernicke Co.

Implementos de Goma

United States Rubber Co.

Maquinaria en General

James M. Montley, New York

JOHN M. KEITH,
Socio Gerente.

RAMON RAMIREZ A.,
Socio Gerente.

(1) Nietzsche: *Humano, demasiado humano*.

La afirmación que hice en otro de los artículos publicados en esta misma revista, ilustrada e ilustre como el espíritu de su director, de que "Luis Cano es el mayor escritor político que tiene este país", no es un concepto personal sino un lugar común. En esta frase está expresado nítidamente el pensamiento de todos los lectores asiduos u ocasionales de *El Espectador*, el gran diario vespertino, desde el cual una pluma acrisolada e intrépida escribe cuotidianamente en cláusulas vibrantes y jugosas, llenas de fervor y de sentido, un código de ideas.

En este país, en donde todo mundo escribe y pocos leen, parece ser un elogio suficiente para manifestar la grandeza o la capacidad de un escritor colocarlo o, mejor dicho, colocarse a la cabeza de las legiones innúmeras que en los periódicos, en las revistas, en las hojas ligeras y hasta en los almanaques, expresan con mucha corrección en el lenguaje y con alguna virtud en el sentido, su pensamiento o sus ideas. Existen grandes valores de la pluma, estilistas diáfanos como Guillermo Valencia o pensadores meritísimos como el profesor López de Mesa, que saben decorar sus ideas, lúcidas y profundas, con el oro de las bellas palabras, de los períodos elegantes, de las frases castizas y perfumadas como las mujeres de la aristocracia española. Pero en el campo político, árido y fulgurante, en ese campo en donde se pierden y disminuyen las ideas cuando se envuelven en la tela sutil de la retórica, son pocos los expertos en cuyas solapas pueda ponerse la divisa que desde hace tantos años ostenta mercedamente Guillermo Camacho Carrizosa entre los escritores políticos del conservatismo, y Luis Cano en el periodismo de las izquierdas.

Probablemente una de las demostraciones más visibles que este último ha logrado hacer, en la Cámara de Representantes hace algunos años y ahora en el Senado de la República, es la de que no es un orador en el sentido que ordinariamente se da en Colombia a este vocablo. No tiene la fogocidad de Lozano, ni el ademán impetuoso y tumultuario de Laureano Gómez, ni la facilidad sorprendente de Serrano Blanco. Pero como escritor deslumbra y seduce. En el periódico surge el hombre poderoso que se abroquelaba en la cláusula armoniosa y deja correr su pluma por un sendero zigzagante y plácido como los arroyuelos de la montaña. A cada paso expresa un gran concepto, expone luminosamente una idea, enzalsa discretamente a un hombre, alaba o condena una actuación, o envuelve en sutilísima asechanza una aguda y porfiada dosis de ironía que se clava en el propio corazón con la callada finura moral de una daga punzante.

Escritor combativo y persistente, gusta mucho de tener contendedores y cuando no los tiene se los busca. No rehuye jamás la polémica porque ella es su elemento. No emplea frases torpes ni palabras denigrantes; su vocabulario es selecto y su prosa es amena y seductora aun cuando no está siempre al alcance de todos sus lectores. Su pluma obede-

Luis Cano

= De Cromos. Bogotá =



Luis Cano (Caricatura de Rendón)

ce ciegamente a las modalidades de su temperamento y se mueve siempre al ritmo de su exquisita cultura. Dentro de la mecánica de sus pasiones de hombre cabe a veces un poco de injusticia y hay campañas suyas que aun en su misma intensidad y grandeza han pecado por lo menos de exageradas, para no decir que han llegado a los límites de una crueldad pecaminosa. Pero es firme e irreductible y en su misma obstinación intransigente, que él sabe disimular con la maestría admirable de su estilo, se deja ver siempre el hombre convencido de lo que dice, el periodista que cumple el trabajo forzado pero ineludible de la censura o de la crítica, de la defensa o del ataque.

Cano, ante todo, es escritor. Fuera de ese campo en donde se agita la porfiada actividad de su espíritu selecto y el dinamismo efervescente de su talento perspicaz, sus actividades no tienen importancia tan extraordinaria, aun cuando es justo anotar que su fino tacto político y su clara evidencia espiritual son condiciones suyas que se imponen al reconocimiento y al elogio. Pero éstas no pueden considerarse aisladamente sino que forman parte de la personalidad múltiple del escritor, y dentro de la órbita espaciosa de este vocablo, que él ha sabido honrar y enaltecer, brillan algunas de sus cualidades con mayor brillo e intensidad.

Probablemente no se comprenda de manera muy extensa en Colombia la importancia que tiene para la cultura del país la ardua y cotidiana labor del periodismo. Pensaríase que tiene mayor eficacia la palabra porque cautiva de manera más inmediata los oídos de las multitudes y halaga más nuestra sensibilidad tropical. Pero la idea escrita es generalmente más sólida y tiene mayor fir-

meza que la fórmula improvisada que gritan desde los ventanales los tribunales. Es el fruto maduro y reflexivo de la investigación o del análisis, y tiene un poder efectivo y trascendental que no se extingue sino que comienza, precisamente cuando seca la tinta que sirve para dibujarla sobre los papeles. En cambio, la palabra deslumbradora, la arenga que caldea fugazmente el ambiente y dilata las venas y ensancha las pupilas de los auditorios en la amplitud de las plazuelas o en el reducido estadio de los parlamentos, tiene, pero de una manera fugaz, las proyecciones esplendorosas de un incendio, mas nunca la poderosa virtud del pensamiento escrito. Apenas se apaga el eco de la palabra pierde efecto y se desvaloriza la idea. Es menester resucitarla, hacerle respiración artificial para que se reanime, y prestarle para que cumpla su labor y resuene en un más sonoro y dilatado espacio las alas de la publicidad. Por eso la palabra por sí misma tiene apenas un prestigio efímero.

Es verdad que con frecuencia vemos a periodistas y escritores de todos los matices, inclinados sobre las cuartillas en las noches insomnes, ejercitando una labor que sólo tiene una importancia negativa. Pero esos escritores que no comprenden la alta misión del periodismo, que sólo sirven sus propios intereses o defienden voluntariamente causas de interpretación sospechosa, esos tales son, como los falsificadores de moneda, peligrosos porque son falsificadores de ideas. En cambio el periodismo sano, el que se orienta hacia fines altos, el que descubre, el que crea, el que abre caminos de luz a las ideas, el que logra intensificar la cultura de los espíritus y hace vibrar las almas en eclosiones de patriótica sinceridad, ese periodismo que es la mayoría en Colombia, es como si dijéramos el instituto emisor de ideas respaldadas. Tal es la diferencia. Los unos emiten ideas sin respaldo, tan peligrosas como ciertas emisiones de moneda, aun cuando sujetas como éstas a una desvalorización proporcional a su volumen, y los otros lanzan ideas representativas, respaldadas por sus espíritus y defendidas por las reservas poderosas de inteligencias doctas.

Para la obra periodística de Luis Cano y para su labor liberal, doctrinaria y firme, como no ha logrado realizarla ningún otro diario en Colombia, sin vaguedades ni vacilaciones, sólo pueden tener mi pluma y mi espíritu el fervor de un elogio. No es esta la hora, ni quien estas líneas escribe tiene la suficiente autoridad para proferir una sentencia definitiva sobre la obra trascendental del ilustre escritor. Pero sí me atrevo a afirmar que no hay en Colombia un diarista que tenga mayor capacidad para emitir con independencia de espíritu sus opiniones y conceptos. Muchas veces se ha visto solitario predicando en cada atardecer una opinión que parece errada al primer golpe de vista pero que, luego, en la sucesión de los días y de los acontecimientos, ha logrado su comprobación y se ha

(Pasa a la página 159)

III

Así que salió de la cárcel, Oscar Wilde se vino a Francia. En Berneval, modesta aldea de los alrededores de Dieppe, se estableció un llamado Sebastián Melmoth: era él. De sus amigos franceses, quise ser el primero en volverlo a ver, como también lo había sido el último. Apenas supe su dirección, corrí.

Llegué a medio día. Llegué sin haberme anunciado. Melmoth, llamado a menudo a Dieppe por la buena cordialidad de Thaulow, regresaría al anochecer. Hasta media noche no llegó.

Aun no había terminado el invierno. Hacía frío; estaba feo el día. Entero lo pasé vagando por la playa desierta, descorazonado y lleno de fastidio. ¿Cómo pudo Wilde elegir a Berneval para residencia? Aquello era lúgubre.

Anocheció. Entré al hotel a encargar un cuarto, al mismo hotel en que vivía Melmoth, y por lo demás, el único que había en el lugar. Limpio, agradablemente situado, el hotel no albergaba más que algunos seres de segundo orden, inofensiva compañía a cuyo lado tuve que comer. ¡Triste sociedad para Melmoth!

Por dicha yo tenía un libro. ¡Lúgubre noche! Dieron las once... Ya no lo iba a esperar más, cuando oí el rodar de un carruaje... Ha llegado el señor Melmoth.

El señor Melmonth está aterido de frío. En el camino perdió su sobretodo. La pluma de un pavo que la víspera le había traído su criado (presagio horrible) le anunciaba una desdicha; está feliz porque ha sido sólo eso. Pero tiembla de frío y todo el hotel se mueve para hacerle calentar un trago de aguardiente. Con dificultad me saludó. Delante de los otros, al menos, no quiere aparecer conmovido. Y mi emoción casi al instante tiende a hallar a Sebastián Melmoth tan sencillamente parecido al Oscar Wilde de antes; ya no el lírico arrebatado de Argelia, sino el dulce Wilde anterior a la crisis; y me sentí transportado no a dos años, sino a cuatro o cinco años atrás; la misma languidez en las miradas, la misma risa jovial, la misma voz...

Ocupa dos cuartos, los dos mejores del hotel, y los ha hecho arreglar con gusto. Muchos libros en la mesa, y entre ellos me señala mis *Nourritures Terrestres*, salidas hacía poco. Una linda Virgen gótica, en un pedestal grande, en la sombra...

Ahora estamos sentados cerca de la lámpara y Wilde bebe su aguardiente a sorbos cortos. Noto, ahora que le da más la claridad, que la piel de la cara se ha vuelto roja y vulgar; y más lo está la de las manos, que sin embargo han adquirido las mismas sortijas; una, que quiere mucho, lleva en movible engarce un escarabajo de Egipto en lapislázuli. Están sus dientes atrocemente arruinados.

Conversamos. Le vuelvo a hablar de nuestro último encuentro en Argelia. Le pregunto si recuerda que entonces yo le anunciaba casi la catástrofe.

—“¿Acaso, dije, sabía usted poco más o menos lo que en Inglaterra le esperaba; sabía el peligro en que allí se precipitó?...”

(Creo que lo mejor que ahora puedo

In Memoriam (Recuerdos)

(Véase la entrega anterior)



Oscar Wilde

ADVERTENCIA

(Debió publicarse esta advertencia en la entrega anterior)

Prevengo desde luego al lector: esto no es ni una biografía de Oscar Wilde, ni un estudio de sus obras; es la mera compilación de dos bosquejos que no tienen ni el mérito de lo no editado, pero que las personas, cada vez más numerosas, que se interesan por el gran poeta irlandés, no sabrían en donde hallarlos pues uno está sepultado en un volumen de críticas diversas (1) y el otro todavía no ha salido de una entrega del *Ermitage*, en donde lo publiqué, en agosto de 1905 (2).

Incapaz de volver a escribir nada, doy de nuevo ambos artículos sin alterar una palabra del texto, aun cuando mi opinión haya cambiado profundamente en un punto por lo menos: me parece ahora que en mi primer ensayo (3) he hablado de la obra de Oscar Wilde, de su teatro especialmente, con una severidad injusta. A ello me impulsaron tanto los ingleses como los franceses, y el mismo Wilde a veces manifestaba por sus comedias un gracioso desdén de que yo me contagié. Confieso que durante mucho tiempo creí pues, que *Un marido ideal* y *Una mujer sin importancia* no pasaban de ser entretenimientos dramáticos, también ellos “of no importance”. Es cierto que no he llegado a juzgarlas como obras perfectas; pero ahora que las conozco mejor, me parecen piezas de lo más curioso, de lo más significativo, y a pesar de lo que se haya dicho, de lo más nuevo del teatro contemporáneo. Si ahora la crítica francesa se asombra del interés con que se ha visto la reciente representación de *Lady Windermere's fan*, ¡qué no habría pensado de las dos piezas antes citadas!

En fin, para quien sabe escuchar con perspicacia, *El marido ideal* y *La mujer*
(Pasa a la página siguiente)

(1) *Pretextes* (Mercure de France)

(2) Este último ensayo se titula *Le De Profundis* de Oscar Wilde y no se traduce ahora (N. del T.)

(3) Este que hemos traducido. (N. del T.)

hacer es transcribir las hojas en que más o menos copié cuanto pude recordar de sus palabras).

—“¡Oh! naturalmente! naturalmente, yo sabía que una catástrofe ocurriría— esa, u otra, yo la esperaba. Era necesario que eso concluyera así. Piense si no: Ir más lejos, eso no era posible; y eso no podía durar más. Por lo que usted comprende que es necesario que eso haya concluido. La prisión me ha transformado enteramente. Con ella contaba para eso.—B... (1) es terrible; no puede comprender esto; no puede comprender que yo no siga la misma vida; culpa a los demás de haberme cambiado... Pero es necesario no volver jamás a la misma vida... Mi vida es como una obra de arte; un artista jamás comienza dos veces la misma obra... o salvo aquella en que no tuvo éxito. Delante de la prisión mi vida ha triunfado tanto como es posible. Ahora es algo concluido”.

Enciende un cigarrillo.

—“El público es de tal modo terrible que jamás conoce a un hombre sino por lo último que él hace. Si ahora volviera a París, en mí no se querría ver más que al... condenado. Yo no quiero aparecer de nuevo sin haber escrito antes un drama. Hasta entonces es necesario que se me deje tranquilo”.—Y añade de improviso:—“¿No es cierto que he hecho bien con venirme aquí? Querían mis amigos que me fuera a descansar al Mediodía; porque, al principio, me sentía muy fatigado. Pero les pedí que me buscaran, en el Norte de Francia, una playa muy pequeña, en donde no vea a nadie, en donde haga bastante frío, en donde casi nunca se vea el sol... ¡Oh! ¿No es cierto que he hecho bien en venirme a vivir a Berneval? (Afuera hacía un tiempo horrible).

“Aquí todos son buenos conmigo. El cura sobre todo. ¡Y cómo me gusta la iglesia! ¡Ha de creer que se llama Notre Dame de Liesse!—¡Aoh! ¿No es verdad que esto es encantador?—¡Y ahora sí que jamás me podré ir de Berneval, porque el cura me ha ofrecido esta mañana una silla permanente en el coro!

“¡Y los guardas! ¡De qué modo se fastidiaban aquí! Les he preguntado entonces si no tenían nada que leer; y ahora les traigo todas las novelas de Dumas padre... ¿No es cierto que es necesario que yo permanezca aquí?

“¡Y los niños! ¡oh! ¡ellos me adoran! El día del jubileo de la reina, les hice una gran fiesta, una comilona, a la que asistieron cuarenta escolares — ¡todos! ¡todos! ¡también el maestro! ¡a festejar a la reina! ¿No es cierto que esto es absolutamente encantador?... — Ud. sabe que yo quiero mucho a la reina. Siempre me acompaña su retrato”.—Y me enseñó el retrato de Nicholson, pegado a la pared con afileres.

Me levanto a verlo; hay cerca una escasa biblioteca; me fijo un momento en los libros. Yo quería que Wilde me hablara de algo más serio. Me vuelvo a sentar, y algo temeroso, le pregunto si ha leído los *Recuerdos de la Casa de los Muertos*. No me responde directamente, pero comienza:

—“Los escritores rusos son extraordinarios. Lo que hace tan grandes sus li-

(1) Bosy, Lord Alfredo Douglas.

bros, es la piedad que en ellos han puesto. Antes ¿no es cierto? mucho me gustaba **Madame Bovary**; pero Flaubert no quiso piedad en su obra, y por ello tiene la apariencia de pequeña y estrecha; la piedad, es el lado por donde una obra se halla abierta, por donde parece infinita... ¿No sabe, dear, que es la piedad la que me ha vedado matarme? ¡Oh! en los seis primeros meses fuí terriblemente desgraciado; tan desgraciado que quería matarme; pero lo que me impidió hacerlo fué la vista de **los otros**, ver que eran tan desdichados como yo, y tener piedad. ¡Oh, dear! la piedad es una cosa admirable; ¡y yo no la conocía! (Habla en voz casi baja, sin arrebatos alguno).—¿Acaso usted ha comprendido bien cuán admirable cosa es la piedad? En cuanto a mí, todas las noches le doy gracias a Dios, sí, de rodillas le doy gracias a Dios por habérmela revelado. Pues yo entré a la cárcel con un corazón de piedra y sin pensar más que en el propio deleite, pero ahora mi corazón está destrozado enteramente; ha entrado la piedad en mi corazón; ahora he comprendido que la piedad es lo más grande, lo más hermoso que hay en el mundo... Y de ahí que puedo no malquerer a los que me han condenado, ni a nadie, pues, sin ellos, no habría conocido todo esto.—B... me escribe unas cartas terribles; me dice que no me comprende; que no se explica que yo no malquiera a todos; que todos no sean odiosos para mí... No, él no me comprende; no puede comprenderme. Pero yo le repito en todas las cartas: no podemos seguir por el mismo camino; él tiene el suyo muy brillante; yo, el mío. El suyo es el de Alcibiades; el mío ahora es el de San Francisco de Asís... ¿Conoce a San Francisco de Asís? ¡aoh! ¡admirable! ¡admirable! ¿Quiere hacerme un gran servicio? Mándeme la mejor vida de San Francisco que conozca..." (1)

Se lo prometo y él prosigue:

—“Sí—tuvimos luego un comandante simpático, ¡aoh! ¡muy simpático! pero en los seis primeros meses fuí terriblemente desdichado. Había un comandante muy malvado, un judío, que era muy cruel porque carecía completamente de imaginación”. Dicha con suma presteza, esta última frase era irresistiblemente cómica; y como yo me echara a reír, él también se ríe, la repite y sigue luego:

—“No sabía qué inventar para mortificarlos... Verá usted cómo carecía de imaginación... Es bueno que usted sepa que en la cárcel, no se permite salir más que una hora al día; entonces se dan vueltas en un corredor, en fila circular, y está absolutamente prohibido hablarse. Unos guardias lo vigilan a usted y hay castigos terribles para el que se deje sorprender.—Los que entran por primera vez a la cárcel se reconocen porque no saben hablar ni mover los labios... Ya tenía seis semanas de estar preso, y no le había dicho una palabra a nadie— a nadie. Una tarde, marchábamos en fila a la hora del paseo, y de pronto, detrás de mí, oigo pronunciar mi nombre: era el prisionero que iba a la zaga y decía: “Oscar Wilde, me da usted lástima, por-

(Viene de la página anterior)

sin importancia, como las demás obras de Wilde, mucho dicen del autor. Se puede casi afirmar que el valor literario de las mismas está en razón directa de su importancia confidencial; y es de admirarse de que el caso sorprendiera tan poco, tratándose de una vida tan extraordinariamente consciente y en la que hasta lo fortuito parecía deliberado.

que debe sufrir más que nosotros. Hice entonces un supremo esfuerzo para que no me notaran (yo creía que me iba a desmayar) y sin volverme dije: “No, amigo mío, todos sufrimos por igual”.—Y aquel día ya no sentí más el ansia de matarme.

“Como ese día hablamos varios días. Supe su nombre, y lo que hacía. Llamábase P...; era un excelente muchacho; ¡aoh! excelente... Pero yo no podía hablar aun sin mover los labios, y una tarde: “¡C. 33! (C 33 era yo) C. 33 y C. 48, salgan de las filas!” Salimos entonces de las filas y el guardián dijo: “Vayan ustedes a la Dirección!” (“*devant Monsieur le Directeur!*”)—Y como ya la piedad se había entrado en mi corazón, por mí no me asusté lo más mínimo, sino por él; al contrario, me sentía dichoso de sufrir por él.—Pero el comandante era verdaderamente terrible. Primero llamó a P...; quería preguntarnos por separado—porque le advierto que el castigo no es el mismo para el que inicia la conversación y para el que contesta; es doble para el primero; por lo común, al primero le tocan quince días de calabozo, y al segundo, ocho solamente; a la sazón el comandante quería averiguar cuál de los dos había hablado primero. Y, naturalmente, P..., que era muy buen muchacho, dijo que él. Y cuando el comandante me llamó para interrogarme, naturalmente, le dije que yo. Entonces el comandante se puso tinto, porque no comprendía.—“Pero P... también dice que él principió! No puedo comprender...”

“¡Imagínese, dear! ¡No podía comprender! Estaba muy confuso; decía: “Pero yo le puse a él quince días...” y añadía luego: “En fin, sea como sea, a ambos les voy a poner quince días”. ¡No es cierto que esto es extraordinario!

Aquel hombre no tenía pizca de imaginación”. Wilde se divierte mucho con lo que ha dicho; ríe; se complace en contar:

—“Y naturalmente, al cabo de quince días de no habiarnos, teníamos muchas más ganas que antes. Ignora usted cuán dulce es eso de sentir que se sufre mutuamente. Poco a poco, como no tenía siempre el mismo lugar, poco a poco pude hablarle a todos los demás; ¡a todos! ¡a todos!... supe el nombre de cada uno de ellos, su historia, y cuando debía salir de la cárcel... Y a cada uno le decía: Cuando salga de la cárcel lo primero que hará es ir al correo; habrá para usted una carta con dinero. Y de este modo, así continuó tratándolos, porque los quiero mucho. Y los hay sumamente agradables. ¡Crearé usted que tres de ellos han venido a verme acá! ¿No es cierto que esto es en extremo admirable?...

“El sucesor del malvado comandante era un hombre muy simpático, ¡aoh! ¡notable! sumamente amable conmigo... Y no puede usted suponerse cuanto bien me ha hecho, en la cárcel, la **Salomé** que se representó en París, por ese tiempo precisamente. Aquí habían olvidado por completo que yo era un escritor! Cuando vieron que mi pieza tenía éxito en París, dijéronme: ¡Vaya! ¡pero es extraño! de modo que él tiene talento. Y desde entonces me dejaron leer todos los libros que yo quisiera.

“Desde luego se me ocurrió que lo que me placiera más sería la literatura griega. Pedí Sofocles; pero no pude tomarle el gusto. Entonces pensé en los Padres de la Iglesia; pero tampoco me interesaron. Y de pronto pensé en Dante... ¡oh! ¡Dante!... Lo leí diariamente; en italiano; lo leí completo; pero no me parecieron escritos para mí ni el **Purgatorio**, ni el **Paraíso**. El **Infierno** es lo que sobre todo he leído; ¿cómo no había de gustarme? ¿Comprende? El Infierno, en él estábamos. El Infierno, era la cárcel...”

Esa misma noche me contó el plan de un drama acerca de Faraón y un ingenioso cuento sobre Judas.

Al día siguiente me lleva a una casita muy agradable, a doscientos metros del hotel, que ha arrendado y que ha comen-

QUIEN HABLA DE LA

Cervecería "TRAUBE"

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias.

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO
Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES

CERVEZAS

ESTRELLA, LAGER, SELECTA,
DOBLE,
PILSENER Y SENCILLA.

FABRICA:

REFRESCOS

KOLA, ZARZA, LIMONADA, NARANJADA, GINGER-ALE, CREMA, GRANADINA, KOLA, CHAN, FRESA, DURAZNO Y PERA.

SIROPES

GOMA, LIMÓN, NARANJA, DURAZNO, MENTA, FRAMBUESA, ETC.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA
SAN JOSE - COSTA RICA

(1) A quien le interese, nos atrevemos a recomendarle la «*Vie de S. François d'Assise*», de Paul Sabatier. (N. del T.)

zando a amueblar. En ella quiere escribir sus dramas; su *Pharaon* primero, después un *Achab et Jéshabel* (pronuncia: *Isabelle*) que cuenta maravillosamente.

Ya está enganchado el coche que ha de llevarme. Wilde se monta conmigo para acompañarme un ratito. Me vuelve a hablar de mi libro, lo elogia, pero con cierta reticencia. El coche se detiene por fin. Me dice adiós, ya baja, pero de repente: "Oiga, dear, es necesario que ahora me haga una promesa. Los *Nourritures terrestres* están bien... muy bien... Pero, dear, prométame: ahora ya no escriba más YO".

Y como yo no pareciera comprender lo bastante, añadió: "En arte, comprende, no hay primera persona".

IV

De regreso a París, fui a darle noticias suyas a B...

B... me dijo:

—“Pero todo eso es completamente ridículo. El es en absoluto incapaz de soportar el fastidio. Yo lo sé muy bien: diariamente me escribe; y yo también estoy de acuerdo en que desde luego debe terminar su pieza; pero, después, se volverá conmigo; jamás ha hecho nada bueno en la soledad, él necesita que lo distraigan todo el tiempo. A mi lado ha escrito lo mejor que ha escrito.—Por lo demás, vea su última carta...” B... me la enseña y me la lee.—En ella le suplica a B... que le deje terminar tranquilamente su *Pharaon*, pero en efecto dice que, tan pronto como lo concluya, se volverá, lo buscará otra vez—y finaliza con esta frase gloriosa: "...y de nuevo seré entonces el Rey de la vida" (the King of Life).

V

Y al cabo de poco tiempo. Wilde volvió a París (1). No había escrito la pieza; ni lo sería jamás. Cuando la sociedad quiere suprimir a un hombre sabe agarrarlo bien y conoce medios más sutiles que la muerte... Hacía dos años que Wilde sufría mucho y de un modo muy pasivo. Su voluntad estaba hecha trizas. Pudo ilusionarse aún los primeros meses, pero luego se dejó. Fue como una abdicación. En su vida rota quedaba tan sólo un doloroso resto de lo que antes había sido; una necesidad fugaz de probar que él aun pensaba; la gracia, pero buscada, forzada, deslucida. No lo volví a ver más que dos veces.

Me paseaba con G..., por los bulevares, una tarde, cuando oí que me llamaban. Volví a ver: era Wilde. ¡Ah! ¡cuánto había cambiado!... "Si yo volviera a aparecer antes de haber escrito mi drama, el mundo no querría ver en mí más que un presidiario", me había dicho. Había reaparecido sin el drama y como se le habían cerrado algunas puertas, ya no tocaba más; rodaba. Los amigos, habían tratado varias veces de salvarlo; se ingenió lo que se pudo, se le llevó a Italia... Pero Wilde se sustraía luego; volvía a caer. Entre los que le habían sido más tiempo fieles, algunos me habían dicho tanto que "Wilde ya

no era visible"... que me atormentó un poco, lo confieso, volverlo a ver en un sitio por donde tanta gente pasaba.—Wilde se había sentado a la mesa, en la terraza de un café. Pidió para G... y para mí dos cocteles... Me le iba a sentar de frente, esto es, de modo que volviera las espaldas a los transeuntes, pero Wilde, lastimado con este gesto, que él creyó lo originaba una absurda vergüenza (no se equivocaba, ¡ay! en absoluto):

—“¡Oh! póngase acá, cerca de mí, dijo, señalándome una silla a la par suya; ¡ahora estoy tan solo!”

Wilde aun andaba bien puesto; pero ya su sombrero no era tan lucido; el cuello todavía conservaba la misma forma, pero ya no estaba tan limpio; las mangas de la levita estaban algo raídas.

—“En otro tiempo, cuando me hallaba con Verlaine, yo no me avergonzaba de él, añadió, manifestando cierta arrogancia. Yo era rico, jovial, famoso, pero sentía que con estar a su lado me honraba, aunque él estuviera ebrio...” Luego, temeroso de fastidiar a G..., pienso, cambió de repente de tono, trató de ser chispeante, de agrandar, se puso lúgubre. Aquí mi recuerdo queda abominablemente doloroso. Mi amigo y yo nos levantamos por fin, Wilde se fué a pagar lo servido. Me iba a despedir de él, cuando me llamó aparte y confusamente, en voz baja:

—“Escuche, me dijo, es bueno que usted lo sepa...: yo no tengo un cobre...”

Algunos días más tarde lo volví a ver la última vez. De nuestra conversación tan sólo quiero citar una frase. Me había contado sus tormentos, la imposibilidad de continuar, de comenzar siquiera un trabajo. Tristemente le recordaba su promesa de no volver a París sin una pieza terminada:

—“¡Ah! comencé, por qué haberse venido tan presto de Berneval, cuando debió usted haberse quedado más tiempo? No puedo decir que lo malquiera, pero...”

Me interrumpió, colocó su mano en la mía, me miró con su más dolorosa mirada y me dijo:

En las ediciones del «Convivio» saldrá en breve una obrita, inédita a la fecha, de ROBERTO BRENES MESÉN. Se titula:

LAZARO DE BETANIA

Es una novela corta, casi un poema. Páginas en que el saber y la emoción se aunan al estilo magistral. Precio del tomito elegante: ₡ 2.00. Remitido al exterior: \$ 0.50 oro am.

Solicítense al Admor. del Rep. Am.

DR. HERDOCIA

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta.

HORAS DE OFICINA:

10 a 12 de la mañana y de 2 a 5 de la tarde

Contiguo al Teatro Variedades

—“No debe quererse mal a quien ha sido golpeado” (1).

Esta última entrevista data de 1898; en seguida me fui a viajar y no vi más a Oscar Wilde, que murió dos años después. Roberto Ross, su fiel amigo, acaba de publicar algunos documentos muy interesantes que dan luz acerca de los últimos días del poeta. En ellos se nos aparece menos solo, menos desamparado de lo que hiciera suponer mi relato. No disminuyó un instante la abnegación de Reginaldo Turner sobre todo, quien veló por él en sus últimos días.

Hecha esta publicación, algunos diarios alemanes o ingleses me reprocharon que había tratado de estilizar mis últimos recuerdos, que me había complacido en forzar la antítesis entre el triunfante "Rey de la Vida" de los días gloriosos y el lastimoso Sebastián Melmoth de los días sombríos.

Cuanto he referido es sencilla y estrictamente exacto. La verdad histórica, tanto como es posible obtenerla, siempre me ha parecido más patética y de más rica significación que el partido romántico que de ella pudiera sacarse. Los valiosos informes del señor Ross completan los míos y los continúan, y por lo demás, no es él quien haya tratado de oponer nunca los unos a los otros. Los suyos son de 1900 y los míos, de 1898, época en que Wilde, poco o mal acompañado, se abandonaba.

En suma, véase la carta que hace varios años escribí al señor X... que también había creído hallar cierta contradicción entre mi relato y la declaración de esta fidelidad generosa que algunos amigos no han compartido nunca.

“...En lo que se refiere al asunto pecuniario, la explicación de Lord Alfredo Douglas sigue siendo la única plausible—yo creo en efecto que Wilde, al salir de la cárcel, habría tenido de qué vivir medianamente, si no hubiese sido “incurably extravagant and reckless”. Pero no es menos cierto que las últimas veces que vi a Wilde, parecía profundamente miserable, triste, impotente y desesperado—en fin tal como lo pinta, por ejemplo, esta carta que me escribió poco antes de salir para Cannes (invierno del 97-98), y que no se la cito, por bella que sea, sino para ayudarle a poner las cosas en su lugar:

“...Sin embargo, ahora estoy muy triste—no he recibido lo que me debe mi editor en Londres: y estoy enteramente en la miseria...”

Vea Ud. cómo la tragedia de mi vida se ha vuelto innoble—el dolor es posible—y, tal vez, necesario; pero la pobreza, la miseria—esto sí que es terrible. Esto mancha el alma del hombre...”

En resumen, me apenaría mucho que alguna palabra de mi artículo haya podido desagradar en lo más mínimo a Lord Alfredo, que en todo este asunto se ha portado muy noblemente, como algún día lo diré, y por quien yo he conservado el más vivo afecto. Quiera decirselo si lo vuelve a ver...”

Andrés Gide

(Traducción de j. g. m.)

(1) Nota del Traductor: En el folleto traducido (OSCAR WILDE, Quatrième Edition. Paris. *Mercure de France*. MCMXIII), está suprimido este párrafo final que hallo en PRETEXTES (Nouvelle édition, augmenté. Paris. *Mercure de France*. MCMXIII):

Murió Oscar Wilde en un hotelillo miserable de la calle de Beaux Arts. Compusieron el cortejo siete personas; no todas llegaron hasta la sepultura. En el ataúd, flores y coronas. De éstas me han dicho que sólo una tenía letrero: la del propietario del hotel; decía así: A MI INQUILINO.

(1) Los representantes de su familia aseguraban a Wilde una muy buena situación, con tal que hiciera ciertas cosas, entre ellas la de no verse ya más con B... No pudo o no quiso hacerlas.

Glosas galaicas

(Del exquisito libro, "En Tierras Galaico-Lusitanas", del Marqués de Figueroa, he tomado estas impresiones. ¿Arreglos, traducciones, adaptaciones?, no: impresiones. Me he dejado llevar por el selecto espíritu del autor, encantado en el claro doble espiritual que halla en las cosas materiales; he amado estos sentires por mí sentidos, y eso es todo. He respetado, eso sí, al desenvolverlos en sus formas poéticas, los conceptos originales en cada verso, sus unidades rítmicas y las también caprichosas sonoridades de la rima. ¡Honda y fuerte esta alma galaica, precisa y armoniosa esta lengua galaica!)

Donde la fuente mana

En aquella sierra quiero ir a morar:
el que bien me quiera allá me irá a buscar.

En los castros de Marzón,
por las fuentes del Fontán,
de do mis quereres son,
a do mis amores van!

La mansedumbre de esta agua fresca
viene de lo alto, de su vertiente:
fué detenida por los escollos
y fué escondida por muchas nieves;
de estas prisiones dulces, huyeron
bajando al cabo por la pendiente,
y aquí la espuma, cual nieve blanca,
sobre las aguas copos parece.

De muchos yurros se hacen regazos,
que luego, juntos, lagos se vuelven;
aguas del río que corren hondas
pues más se ahondan cuanto más crecen.

Ya no van puras,—van enlodadas—,
ni van cantando: tan solo tienen
quejumbres tristes, como recuerdos
de aquella vida de donde vienen.

Prisión añoran de amor primero:
cual las prisiones de su vertiente
son los quereres nunca olvidados,
y no habrá nunca puros quereres
si así no miran,—limpios y claros—,
con ojos claros y transparentes,
como las mansas aguas del río,
limpias y puras y dulces siempre.

Amor del alma, amor oculto
que más ahonda, que más nos tiene,
si fué estorbado por los escollos,
si fué escondido bajo la nieve!

Divagaciones

Silenciosa de todo, natura
impasible se recoge y calla,
y callando el sentir de las cosas
es tanto más honda y amada!

El hablar de las cosas se escucha:
a ellas llega la voz de las almas,
y es un eco que leve resuena,
estrechado en las cortas estancias
de las almas, que siéntense presas
y anhelan tener otras ansias,
y logrando cebarse en los cuerpos,
como fuera de sí, libres vagan!

No está bien que les falte un aliento
porque así su alentar más engaña;
guía a las almas ensueño o quimera
para alzarlas al pico más alto,
y perderlas cual nubes o nieblas
que entre más se levantan son nada.

Catuja

«Vos avedes os ollos verdes,
matarm'edes com elles».
(Baylada de la cantiga 1061 do
Cancioneiro da Vaticana).

Ojos verdes de Catuja,
que desde muy lejos llaman,
y desde muy cerca alejan,
y cerca y lejos engañan.

Es la Catuja hechicera
que conversa, brinca y canta,
y se burla y se sonríe
con la boca y las miradas;
su mirar amores pide
pero en juego siempre para.

Tiene rubios los cabellos,
y entre las mejillas blancas
muestra, como rosa abierta,
la boquita, que como hada
quita enojos y pesares,
y así pide y así manda...

Su cuerpo semeja espiga
de siempre movible gracia;
¡con cuánta envidia la miran
señoras como rapazas!

Bravo el genio de Catuja,
con el tiempo ha de pagarlas
pues, luciente como el sol
que se refleja en su cara
—tan requemada y tan tierna
cual trépal para la estancia—,
aunque no pierde amoríos
y en todos los bailes baila,
y los mozos van detrás
de la vecina envidiada,
corren días, pasan años,
y Catuja no se casa;
pues a los mozos les mueve
solo el gusto de mirarla:
para casarse precisa
algo más que linda cara
y talle como de espiga
y tierna y movible planta;
sabe que no es para todos
ni ninguno, y sus miradas,
sus palabras y sus risas
son engaños que no engañan;
gestos, aires de Catuja
que le dan hadas muy malas:
mirar, que a un tiempo enamora
y quita de enamorarla.

Cantigas

¡Las selvas de los amores!
¡las selvas de las rositas!
a ellas van ellas y ellos
y se enredan y se espinan!

Muy confiados se llegaron;
muy mal y tarde huirán:
los amores gustan mucho,
bastante espina el zarzal...

Los amores de la selva
como espinan, gustan más;
y al volver ellos y ellas
ya son otros cuando van...

Cantigas

Los ojos de Juana
me han querido ver;
pero ella no quiere,
y, ¿yo qué le he de hacer?,
¿por qué el mirar torna?,
¿es miedo de ser
vencida, por arte
de algún mal querer?
Quisiera que Juana
mirara e hiriere:
en luchas de amores
la que hiere pierde.

Hada o quimera? Vigilia o sueño?

No importa que los sueños sean mentira
ya que al cabo es verdad
que, venturoso el que soñando muere,
es infeliz quien vive sin soñar.

Rosalía de Castro

Val o sono coma feito,
e o feito que non é sono
dano soyo ruin proveito.
(Vale el sueño como el hecho
y el hecho que no fué sueño
nos da solo ruin provecho).

Entre ensueños la vi, y es bien cierto
que la vi, y que viera
que me vió y me miró, y me habló
como si una hada fuera!...

¿Fué un sueño de verano?,
¿la vigilia por sueño valiera
cual recuerdo de un hecho lejano?

Una noche calada y serena,
por el valle, muy cerca del río,
pasó la quimera.
Se aclaró con la luna un instante,
y dejó en el espacio una estela
vagarosa, como esos caminos
que las cimas del cielo blanquean,
que los astros abrieron e hinchieron
con polvo de estrellas!
Por seguir en la vía del cielo
ese rastro que brilla y que tiembla,
me desvíe mucho más del oscuro
camino de la tierra,
alumbrado no más que un momento
de vigilia, o de sueño que fuera,
como cuando el hablar de una hada
llevóme tras ella!

¡Ya de aquello pasó mucho tiempo,
esa noche ya muy lejos queda!

Bien he vuelto a buscar, solitario,
en los claros de luna, en la selva,
mi blanquita figura del hada
cuyo encanto de mozo tuviera,
y que vi remontarse al espacio
y burló así mi afán, ¡tan ligera!
¡Alma triste!, talvez sortilegios
la tuvieron sumida en tristeza,
como a tantas que vagan perdidas
ignoradas por los cuerpos de ellas!

Mas si un claro de luna hay que hechiza,
y del sueño la imagen nos queda,
el recuerdo, cual duda que vuelve,
me hace al cielo pregunte por ella,
y preguntame a mí cómo es cierto
que a una hada o quimera,
al pasar por la vega del río
la vi y me viera,
y que a mí se volvió y me habló,
como si una hada fuera,
una noche en verano, ya ha tiempos,
una noche calada y serena!

Huyendo...

Murmuran los aires,
rugen los vientos:
en la naturaleza
nunca hay silencios!

Los aires, que se hacen vientos,
mucho llevan al pasar:
pero sin que arraigar puedan
por el llano en donde van.

Las llanuras, las laderas
y las cumbres de Dumbrians,
cual gigantes siempre erguidas
mucho asombro y miedo dan
con el fiero ardor del viento
y el rachado vendabal
que los troncos rompe, quiebra,
decidido a abanicar
el ramaje, y va diciendo,
y lo va dejando atrás,
murmullos, que en el espacio,
los tiempos repetirán:
cosas que de lejos vienen,
cosas que a muy lejos van!
Son como de nuestros hijos,
fueron de nuestra heredad
y la de ellos, y más de ellos,
de la que está más allá...

De la historia, entre las ruinas
que en el propio llano están,
—recuerdos de viejas fiestas
celebradas junto al lar—,
las tradiciones emanan
que a las almas guardarán.
¡Vientos suaves! Los primeros
que acertamos a escuchar;
sin caprichos en sus cambios
porque menos cambios hay,
nos alientan con cariño
—que es el dulce suspirar
de natura—, en el silencio
y en la paz del Río Nadal.

Muy hondo escucha el espíritu
voz que nunca morirá:
no dice cosas de afuera
ni asuntos de liviandad;
se le revelan al alma,
que en busca del alma va
en el mundo, que se sume,
que se extingue, en el quejar
de los aires que murmuran;

las llanuras, el pinar,
 las laderas, que los cogen,
 muy lejos los llevarán...
 Más que turbación de espíritu
 ficción del ensueño da
 la penumbra, como encanto
 de los bosques de Dumbrians;
 pronto pasa el viento suave,
 mas no pasa el suspirar
 de las brisas en el bosque;
 el ramaje florestal
 llena corazón y ojos,
 y el susurro al murmurar
 regala nuestros oídos
 para dicha del mortal...
 y ¿qué importa el viento zumbé
 en lo que arraigado está?
 En el bosque, el sentimiento
 de encanto y misterio, va
 de tal modo, que lo vago
 por lo incierto cunde más,
 en el temblor de los árboles
 y en el dulce abanicar
 del ramaje, cuyos ecos
 repitiendo al aire están
 cantos que de lejos vienen,
 quejas que a muy lejos van...

Leyendo los cancioneros

Me imagino subir a las cumbres,
 a los altos picachos enhiestos,
 y al buen Pedro Meogo pedirle
 que me indique el camino más cierto
 —aunque fuese el camino un atajo—,
 para ir al picacho secreto
 donde el prado de «frescas corrientes»
 da repasto y holganza a los ciervos.
 ¿Cuáles son de Meogo las rutas?
 ¿Cómo vá, y qué valdrá su consejo?
 Sin saber el camino, en los montes
 muchas tierras anduve, no lejos,
 y de tanto que vi, ya no guardo
 ni siquiera memoria para tanto recuerdo:
 pues trepando a los picos más altos,
 viendo tanto, tanta cosa aprendiendo,
 no lograron hallar mis quereres
 —tras gastar los mejores anhelos—,
 ni las «frescas corrientes» ni el monte de los ciervos.

Rafael Estrada

San José, C. R., 1932.

INDICE



ENTERESE Y ESCOJA:

Erasmus: <i>Elogio de la Locura</i> . Pasta.....	¢ 2.50
Ladislao Reymont: <i>El Vampiro</i> . Pasta.....	3.50
Fedor Dostoiewski: <i>Obras completas. Un pequeño héroe. Un trance difícil</i> . Pasta.....	3.50
Gogol, Dostoiewski, Tolstoi, etc.: <i>14 cuentos rusos</i>	3.50
Andersen: <i>El Cuento de mi Vida</i>	3.50
E. Czech-Jochberg: <i>Hitler</i> . Un movimiento alemán.....	4.00
Alejandro Kolontay: <i>La mujer nueva y la moral sexual</i>	3.50
Ellen Key: <i>Amor y matrimonio</i> . 2 tomos	3.00
Salvador de Madariaga: <i>Arceval y los ingleses</i>	3.50
Juan José Morato: <i>Pablo Iglesias, educador de muchedumbres</i>	3.50
André Maurois: <i>La Conversación</i>	3.00
William Boyd: <i>Hacia una nueva educación</i>	7.00
Jules Renard: <i>La Linterna Sorda</i>	3.50
Pedro Henríquez Ureña: <i>Seis ensayos en busca de nuestra expresión</i>	4.00
Alberto Samain: <i>Cuentos</i>	4.00
J. Gotteland: <i>Hacia la educación íntegra física, intelectual y moral</i>	3.50

Solicítelos al ADR. de Rep. Am.

Estampas

La invasión de las sierpes aladas

Los ibis de combate no se ven y los adamados, sobran

= Colaboración directa =

En los caminos, en las calles, en todas las vías por donde discurre el tráfico humano siente el espectador reflexivo que haya leído a Herodoto acudir a su recuerdo el pasaje de las sierpes aladas. ¡Quién sabe si el historiador queriendo hablar de hombres sintió vedada su expresión y trajo a cuento los reptiles! En los confines del Egipto y la Arabia encontró Herodoto "tal copia de huesos y de espinas de serpientes cual no alcanzó a ponderar". "Este sitio, osario de tantos esqueletos, es una especie de quebrada estrecha de los montes... Aquella carnicería se explica diciendo que al abrirse la primavera acuden las serpientes aladas desde la Arabia al Egipto, y que las aves que llaman ibis les salen al encuentro desde luego a la entrada del país, negándoles el paso y acaban con todas ellas". En qué población urbana o rural no sorprende el espectador la misma invasión venenosa? Sólo que falta el ibis, el ave que pelea con las serpientes. Es decir, falta el ser vigilante de gran espíritu para la lucha contra el miserable. La invasión de las sierpes aladas no espera el cambio de estaciones. Todos los tiempos son buenos para que el malvado haga su estrago.

Deténgase el espectador reflexivo a la entrada de un sitio público y verá, desde el país más pequeño hasta el más grande, ir y venir en culebros ostensibles toda la casta de estos reptiles. Aduñada de las profesiones y de los oficios ha tenido una cadena de dominio. No pueden los países quebrantarla. Descuidaron el ibis, que es la vigilancia y desde entonces el paso ha estado abierto a la invasión. ¿Y qué no ha quedado invadido? Dígase con franqueza y valor que los Congresos, que los senados, que las cortes, que las presidencias, que toda la estructura política y social de los países ha sido penetrada por esa casta. Y también la Prensa, el gran Poder orientador de los pueblos. Quizá el mal mayor ha sido este de la entrega de la hoja impresa a la casta devastadora. Se ha matado la gran voz que clama siempre por la redención de los pueblos. De manantial de luz se volvió tiniebla y miasma. No han podido las naciones asignar a la Prensa su función creadora. Desalojados de ella los espíritus de grandes aspiraciones se la ha esterilizado, se la ha convertido en difundidora de males. Ibsen reflejó en su drama eterno el estado maldito de una Prensa poseída por las serpientes aladas. Cuando el doctor Stockmann necesita decir a una población ignorante que unos hombres protervos la están envenenando con aguas podridas, busca el diario de la localidad. Sus columnas deben apretarse con la enseñanza clara y no quedará un habitante sin el convencimiento de que las aguas deben desaparecer y dejar limpia la salud de la ciudad. Pero la Prensa no tiene ya función

educadora. Es papel impreso, papel higiénico deslizado cada mañana por las puertas de los hogares. Los artículos del médico que cuida de la salud de su gente no pueden publicarse en la Prensa hecha a imagen y semejanza de las serpientes aladas. Y es que las aguas son propiedad de un sindicato poderoso, de otras serpientes con alas metidas en la entraña de un pueblo explotado e ignorante. Cuando ese sindicato comprende que el doctor Stockmann puede matarle el negocio le sale al paso y le amarga la vida. Es así como entonces con ayuda de una Prensa canalla se mata la salud de una inmensa población. Ibsen observó lo que sucedía en su país, pero con haberlo dado en su drama profundo reveló posiblemente lo que sucede con la Prensa de todos los países en donde la serpiente alada ha llegado invasora e incontenible.

Por eso decimos que el mal capital es el desalojamiento de las mentes honradas de la Prensa de los pueblos, que es la que tiene originariamente funciones orientadoras. Reducida a dominio de los incapaces y de las maldades, sirve de instrumento a esa casta alborotada en el empeño de volver esclavos a los pueblos, de hacerlos miserables. Cuando una organización de adentro o de afuera necesita imponer la concesión, necesita imponer el pacto, lo primero que hace es contratar al plumario. Y el plumario está dentro de las redacciones de la propia Prensa, es el que la nutre día a día de estupideces y de maldades. El ambiente se hace a todos aquellos asuntos que han de pesar como maldiciones sobre los pueblos. desde la Prensa. ¿Quién no lo sabe? ¿En qué país no es corriente el suceso? Conviértese así un factor de cultura en una agencia funesta de esclavitud.

Asoman, pues, en todos los sitios públicos, los hombres que son como las serpientes aladas de que habla Herodoto. Pero no asoman los ibis que las destruyen y forman con su matanza saludable grandes osarios a la entrada de los países. La queja constante de todos los que aspiran a crear patrias de libertad es contra la propagación de los malvados que las dañan desde los congresos, desde las cortes, desde las presidencias, desde la Prensa... No se alza también demolidora la palabra contra los que, obligados a vigilar, prefieren vivir en paz. Constituyen estos hombres otra casta igualmente funesta. Inspirados en una conducta de comodidad, no riñen con nadie. Son seres adamados que no se alían con las serpientes, pero que siguen creyéndose ibis. Y olvidan los tales que el ibis que, según Herodoto, les salía al encuentro a las serpientes era "ave negra por extremo en su color, con el pico sumamente encorvado". Es decir, era figura de combate, totalmente diferente del reptil invasor. El adamado que en

los pueblos pretende estar a salvo de dañar instituciones, porque no comete fechorías contra ellas, porque no se enloquece por el dinero que da la corrupción, no será nunca el ibis que detenga la plaga desastrosa. La conducta medrosa de la comodidad es funesta. Para esos adamados es sencillo no entrar en negocios con los pillos, pero toda su vigilancia no pasa de esa águila de azúcar regada como secreción protectora. No condenan varonilmente al descastado que se alía con el poder exterior o interior que quiere monopolizar la electricidad. No niegan el saludo al otro canalla que acapara el suelo para entregarlo en latifundio a la organización extranjera. No se encaran al liberto que desde la Prensa clama día a día por la entrega de las riquezas naturales de un país al amo de afuera. No señalan al magistrado o al juez que por cobardía o por maldad, o por venalidad dan fallo adverso al litis en que un país ve hundirse su tesoro. Es conducta buena para el adamado la de no participar en cosas oscuras, la de mantenerse intocado, la de ser modelo de muchas virtudes. Mientras tanto los países mordidos, acechados, perseguidos por las serpientes que ya no encuentran el ave de combate que les salga al paso y les cierre el camino de la invasión. Si hay que desentrañar severidad para condenar la serpiente, mayor ha de ser la que se desentraña para acabar con el falso ibis. Difundamos el conocimiento de que el ibis de combate es ave fea, sin pulimentos, tal como debe serlo el organismo que defiende un territorio de la invasión venenosa. El falso ibis no debe halagar a los pueblos. No ejerce ninguna vigilancia. El que vigila se sacrifica, se llena de enemigos, pierde la paz en que hacen plácidamente la digestión esas figuras que llaman austeras porque no hablan mal de nadie, porque se eternizan en las instituciones, porque se amanceban con la rutina. Y hasta fortifican, con lo que hacen obra de serpiente alada. En aquella especialidad que conocen dan su parecer el cual generalmente favorece los noderas de conquista. Como son gente apegada a principios de legalidad y de constitucionalidad por esos carriles trillados y simplones llevan la silla de ruedas de sus pareceres enfermizos y encarrujados. Y la conquista nunca separa

su concesión de los códigos. De modo que los falsos ibis son con sus modales aliados del conquistador. Proclamarán siempre su respeto a la Constitución y a las leyes y por ese infantil respeto se les consultará y se hará opinión al pacto que entrega el suelo, y las rutas aéreas y las aguas de un país. Estamos, pues, contra las serpientes como contra los falsos ibis.

Queremos hombres y mujeres de resolución grande. Los países no se salvan con los adamados. Con ellos se pierde y cae en el sepulcro de la esclavitud. La narración de Herodoto es fecunda precisamente porque los personajes pueden volverse seres humanos y entonces da a

Juan del Camino

Cartago y Marzo del 32.

Bibliografía titular

(Registro semanal, extractos y referencias de los libros y folletos que se reciban de los Autores y de las Casas editoras)

Cortesía de los autores:

Ramón Doll (Junin 1137. Buenos Aires, Rep. Argentina): *Reconocimientos* (Críticas) Buenos Aires, 1932, y *Ensayos y Críticas*. Buenos Aires, 1929.

Gastón Figueira (Calle de Magallanes 1070 Montevideo): *Río de Janeiro, ciudad de hechicería*. Poemas. Cabaut y Cia. Buenos Aires, 1931.

Primero de una serie: *Maravillosa América*.

Raúl Scalabrini Ortiz: *El hombre que está solo y espera*. Gleizer, editor. Buenos Aires, 1931.

Con el autor: Melo 2432. Buenos Aires, Rep. Argentina.

Manuel Agustín Aguirre: *Poemas automáticos*. Guayaquil, Ecuador, 1931.

De la editorial APOLO, Flores, 16. Barcelona, hemos recibido:

Jacques Roujon: *Danton*. (Vida novelesca del célebre convencional). Traducción de Juan Gutiérrez Gili.

Copiamos:

He aquí un magnífico "fresco" de la revolución francesa. La vida novelada de *Danton*, que tan pulcramente acaba de publicar Edi-

torial APOLO de Barcelona, es verdaderamente la evocación más feliz de cuantas se conocen, no sólo de la personalidad, compleja y tumultuosa, de aquel personaje, sino también de la propia revolución.

Al lado de la alucinante historia que de aquel período escribió Thomas Carlyle no hay probablemente sino esta biografía de *Danton* que permita revivir de veras aquellas trágicas jornadas de las que el tan popular revolucionario fué su verbo más elocuente.

Danton es un cuadro vivo de la historia, no tan alejado de la época actual, ni tan ajeno a los especiales acontecimientos políticos de la nación española, para que de su lectura no quepa sacar hondas y provechosas enseñanzas.

El autor de este libro puede jactarse de haber escrito sobre *Danton* una de las biografías mejor logradas. El mayor atractivo de esta publicación lo constituye su estilo. Respetando la verdad histórica, el autor ha procurado trazar una narración atrayente, limpia de arideces, en que la imaginación del lector hallará su natural alimento.

A eso se debe en buena parte el éxito de esa publicación. A eso y también al retrato que ha logrado trazar de *Danton* y gracias al cual puede el lector penetrar en el conocimiento exacto del formidable convencional.

De la editorial ESPASA-CALPE, Madrid, nos llega:

Luis Pfandel: *Juana La Loca*. Su vida, su tiempo, su culpa. Traducida del alemán por Felipe Villaverde, Madrid, 1932. ESPASA-CALPE. De la serie: *Vidas extraordinarias*.

Trascribimos:

Vidas extraordinarias.—Con este título inicia ESPASA CALPE, S. A., la publicación de una nueva biblioteca de índole biográfica que por su amplitud, selección de autores y figuras evocadas, y otras cualidades relevantes, no dudamos ha de despertar la atención del público lector español e hispanoamericano por el que tan bien ha sido recibida la otra serie, comenzada hace tres años. *Vidas Españolas e Hispanoamericanas del siglo XIX* hoy ya en la veintena de excelentes volúmenes.

La colección *Vidas extraordinarias* viene, pues, a completar el plan editorial de dotar a los públicos de la raza de un conjunto biográfico amplio y armonioso, que vaya ofreciendo la nueva exposición enjuiciadora de valores personales eminentes, conjunto agrupado en esos dos órdenes de referencia, o sea el del pasado próximo de la raza, y el otro, más ecléctico, de figuras de todos los

BANCO NACIONAL DE SEGUROS

DEPARTAMENTO DE VIDA

Tenemos el gusto de anunciar un nuevo beneficio con nuestras pólizas de seguro de vida

INDEMNIZACION DOBLE en caso de la muerte accidental del asegurado.

Es decir, EL BANCO PAGARA EL DOBLE DE LA SUMA ASEGURADA, si la muerte sobreviene a causa de un accidente. Este beneficio se concede mediante el pago, por año, de una extra prima de uno o dos colones por cada mil de seguro.

países y épocas que destacaron con caracteres de singular celebridad.

Parece innecesario ponderar la importancia que de poco tiempo a esta parte han adquirido los estudios biográficos, que pudiera decirse constituyen una modalidad de singular significado, como elemento de elevación para los nuevos públicos lectores, modalidad participante de los géneros históricos y novelescos, la cual trae hoy día con creciente interés a los diversos sectores sociales, tanto el culto o letrado, como el otro, más copioso, de los individuos que poco a poco vanse aficionando en la ideación entre el elemento popular.

Figuras extraordinarias se irá robusteciendo con relativa rapidez, ya que la casa editora encuéntrase entusiásticamente animada por la idea de que esta serie sea al igual que las *Vidas Españolas e Hispanoamericanas del Siglo XIX* documento imprescindible que revele con certeza tantas verdades históricas insuficiente o erróneamente conocidas. En ella han de figurar como autores grandes prestigios de las Letras y otros aspectos vitales, no solamente españoles, sino extranjeros, los que, previamente impuestos de las peculiaridades de la colección, han de esforzarse por imprimir a sus trabajos tal sello característico.

Juana la loca, su vida, su tiempo, su culpa, es el primer volumen de *Vidas extraordinarias*, olumen que firma el gran escritor e hispanófilo alemán Luis Pfandel, cuya dedicación a los temas de nuestro país es bien conocida, pues ya apareció en castellano, hace pocos años, algún otro libro suyo inspirado en aquéllos. Pfandel ofrece en esta gran producción un magistral estudio exegético y vulgarizador de aquellos tiempos del máximo esplendor español, siglos XV y XVI en que, realizada la unidad nacional y descubierto el Nuevo Mundo, sucedieron en el cetro los descendientes de los Reyes Católicos. Figura central resulta, naturalmente, la infortunada hija de aquéllos, cuyo nombre da título al volumen; pero la obra comprende tanto la génesis espiritual familiar en la que podría hallarse la filiación de aquella vesania, como las características de subsiguientes generaciones, en la tercera de las cuales habría aún de renacer la tara psicológica de referencia. Así, pues, *Juana la loca, su vida, su tiempo, su culpa*, constituye una excelente reconstrucción, un cuadro fiel y animado de la vida española de la época, pleno de severidad documental y, a la vez, de atrayente amenidad. Pfandel consigue alcanzar la máxima intensidad expresiva en esta obra, tan rica en datos, enseñanzas y aportaciones; tan original al recoger la luz que irradian los últimos progresos de la investigación; tan completa en el trazado individual y de conjunto, pese a su estilo sintético y su verbo depurado. De imprescindible nos atreveríamos a disputar la lectura de esta producción para todo el que quiera adquirir, o bien robustecer, el concepto histórico de aquella época del pasado español, tenida como la de la plenitud de la raza, pues cada uno de sus cuatro capítulos (*La herencia de los antepasados, La tragedia alrededor de Juana, El Hijo y el Nieto y La catástrofe del biznieto*) ofrécese como fiel reflejo del momento respectivo de la vida española de entonces.

Juana la loca, su vida, su tiempo, su culpa, ofrécese excelentemente traducida del alemán por Felipe Villaverde. Volumen de 214 páginas, tamaño 21 x 14,5 cms., con cubierta alegórica. Precio del ejemplar: 6 pts. ESPASA-CALPE, S. A. Apartado 547, Madrid.

También, editado por ESPASA-CALPE, nos llega el tomo VII de las *Obras completas* de Aristóteles. Se titula:

Gran ética. República ateniense. Economía. Madrid, 1932.

Trasladamos:

En estos días se ha publicado otro volumen, el LV, de *Nueva Biblioteca Filosófica*, la excelente colección que ESPASA-CALPE

S. A., difunde en España y América, volumen consagrado al inmortal pensador griego Aristóteles. Trátase de tres creaciones famosas del llamado maestro de la cultura antigua, tituladas: *Gran ética, República ateniense y Economía*, por igual interesantes y de obligado conocimiento para el hombre de hoy, que asiste al fracaso de esa corriente extremista contemporánea que pretende asentar la vida y el conocimiento exclusivamente sobre ideas y formas novísimas desvinculadas del origen secular del progreso.

Los libros literarios, filosóficos e históricos griegos van siendo algo conocidos ahora, aunque, desde luego, en proporción mínima de la obligada, y ello se debe al esfuerzo editorial que supone publicar colecciones como la *Nueva Biblioteca Filosófica*, tan copiosa y selecta. Como es sabido, la bibliografía griega quedó como absorbida por Roma, en la época del esplendor del Lacio, resultado de ello que la madre de la latinidad fué la que más difundió el espíritu heleno, tanto en sus organizaciones políticas y coloniales como en el Derecho positivo, pero de forma tal que esos elementos originarios más parecieron patrimonio propio que heredado. El genio griego contribuyó,

Luis Cano...

(Viene de la página 152)

abierto paso a los golpes cotidianos de su inteligencia y de su pluma.

De ahí que la labor periodística de Luis Cano y la de *El Espectador*, que se confunden y complementan, hayan obtenido en Colombia una resonancia tan trascendental y definitiva. Porque si bien es cierto que no es ese diario el de mayor circulación numérica en el país, sí es el que—para emplear términos propios de los marinos—tiene mayor calado y más desplazamiento en las aguas hoy aparentemente estancadas de la cultura y del pensamiento de la nación.

Benjamín Triana

La glosa de las abuelitas

(Doña Victoria Jerez viuda de Bermúdez y doña María Morales Cartín viuda de Deshan).

= Envío del autor =

Ambas fieles discípulas de Nuestro Señor. El nieto puede ser infiel, la abuelita es siempre fiel.

Cuántas veces son los nietos, mentiras que se mienten a sí mismas, fuera del camino. La abuelita es una columna de alabastro a la vera del camino. Y en la columna, grabado con caracteres filioalianos, un nombre, el Dulcísimo Nombre.

Se han ido los nietos ¡pobres! a beber agua, en cualquiera de las cisternas de los hijos de los hombres; la abuelita está sentada junto al pozo de Jacob, oyendo la caída de las Grandes Aguas: "Mujer, quien bebiera del Agua que yo le diere, no tendrá sed nunca más, sino que, brotarán de sus entrañas, torrentes de agua viva hacia la vida eterna".

Calles Siete Perros quiso, masonísimo, acabar con la Iglesia...

Busquemos con los ojos, con estos ojos que Dios nos ha dado para ver con ellos, hacia atrás, una y otra vez. Es el nieto una luz tercera, la madre una luz se-

gunda, y la abuelita una luz primera, la primera de todas, prima. La abuelita de Calles, como todas las otras, es una lámpara primitiva de catacumbas, para oír, en el silencio solemne de las criptas, las catorce epístolas de San Pablo: "Si alguien no ama a Nuestro Señor Jesucristo, ese tal, sea anatema".

La luz primera tiene toda la razón del lucero de la mañana; en la luz tercera, cuántas veces, se asoman verdosas, las francmasonerías de la noche y las teosofías de la luna.

El nieto es la vida que va, con locura de remolinos; la abuelita, la vida que vuelve, con sabiduría de remansos.

El nieto es de los hombres, la abuelita es de Dios.

En las abuelitas, más que en nadie, se cumplen las divinas parábolas: "Un tesoro escondido en el campo. Una ciudad luminosa colocada sobre el monte. Un mercader que andaba buscando perlas".

Finalmente, en *Economía* hallará el lector una esquema excelente de los fundamentos de la administración, la cual tuvo su origen en el hogar y elevóse gradualmente hasta comprender la del Estado. La explicación de las cuatro clases de Economía, las cualidades del administrador, los métodos que alumbran ingresos, etc., son aspectos capitales de esta obra.

El presente volumen, preparado y traducido por el profesor Gallach Palés, tiene cerca de trescientas páginas de nutrida lectura. Precio: 7 pts. ejemplar, ESPASA-CALPE, S. A., apartado 547, Madrid.

A. H. Pallais

En Brujas de Flandes, etc...

Con la noche total, hacia las once, bajé por la orilla del Parque. Allí se yerguen armazones siniestras; ocultan pozos de obras ciclópeas, maderos, planchas metálicas, signos de peligro, lucecitas rojas que van bordeando el trazo de las zanjas profundas. Hay amontonamiento de materiales, de herramientas. Y ese como silencio insólito que rodea los grandes trabajos en suspenso.

A intervalos, por cada salida del enorme bosque urbano que oxigena la ciudad formidable, como abejorros en derredor de lámparas, los automóviles cruzaban, raudos.

Y desde allí, por sobre los copos de los árboles cuyas hojas agita el soplo de los carros veloces y macula el hálito de las esencias quemadas, bajo esa capa impalpable de carbón grisáceo que todo lo baña y lo suaviza, contra el cielo estrellado los ángulos rectos, los conos truncados, los cubos de esta geometría que la noche envuelve en una onda de soberbia...

Por un senderito me interné en el parque... Hay duos de amor en los bancos, bajo los arbolillos... Iba trepando una cuesta suave; a la vuelta de un macizo, la plazuela enarenada. En el centro, El.

Velázquez hallaba "gordos" los Cristos de Rubens. A la luz del día, este Bolívar del Parque Central es, indudablemente, "gordo". Es más San Martín que Bolívar. A la escultora americana le faltó la impresión amojamada, febril, nerviosa y trepidante del enorme hombrecito que el pincel de Tito Salas supo colar sobre el lienzo de "La Emigración"... Es el único Bolívar en que yo creo; es el auténtico. Así, con ese rostro reseco, polvoriento, martirizado de fiebre, atormentado los fondillos destrozados del recio cabalgar, los ojos clavados en el terreno que alumbraba el precario farolillo de un tropero...

Detrás un cuadro de la desolación errante.

Solían los maestros del Renacimiento italiano darle fondo a sus figuras con un paisaje vital; un paisaje de contraste. Sobre el pórtico o la balaustrada, el hombre, la figura. En la lejanía un panorama idílico: el caño de una fuente; la ermita en el prado. A veces rocas, el cauce seco de un torrente y una rosa sobre la piedra. De esa idea de contraposiciones o de realización, el pintor caraqueño extrajo la del desastre, y la hora catastrófica y aquel trozo de playa en siniestro que una lumbrarada amarillenta amortaja de angustia.

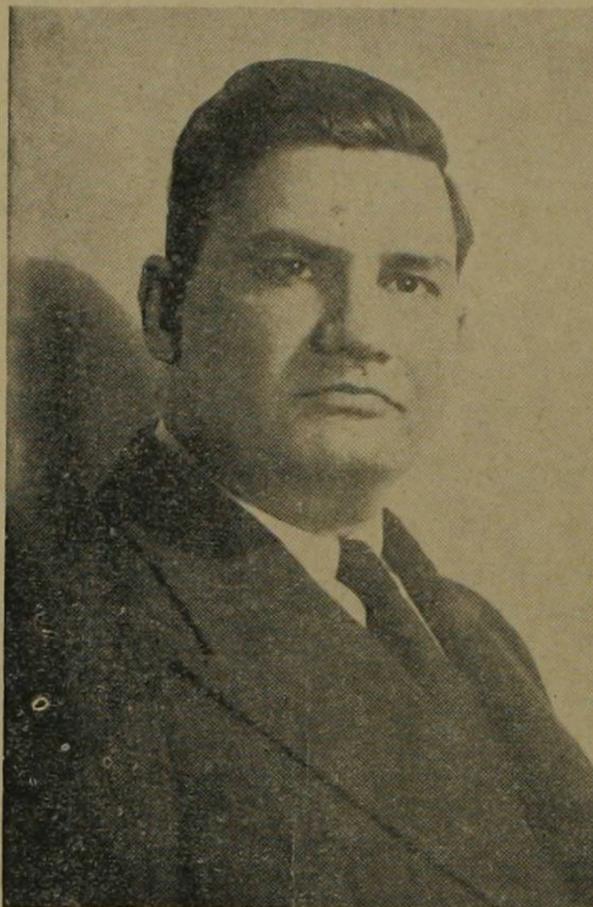
Siendo el de "Bolívar Hill" un homenaje homérico, la estatua ecuestre, de tamaño heroico, tenía que ser la del "héroe" en la fama, no con el dramático realismo de los días de prueba, sino en los ya serenos de la superación egregia y de la impasibilidad broncínea. Así que yérguese en su caballo bien cuidado un personaje bien vestido que cabalga elegantemente en un desfile de glorias y de augusto respeto...

Pero en la noche, esa noche, no era ni alumbrado el sitio ni tropical la luna; y

Cartas Hiperbóreas

Desde la colina sagrada

= Envío del autor =



José Rafael Pocaterra

en la vaguedad del claro-oscuro, sobre su ancha base de piedra donde han colgado sus escudos las cinco repúblicas del sur, el Bolívar que yo amo profunda y hondamente, parecía recogido de angustia en el bridón; dijérase que trotaba, dentro del manto suelto que henchía un soplo de tristeza infinita, como cauteloso y tímido, como en los días de la costa del Tiznados y de las márgenes del Casacoima; y a ratos parecíame que después de una jornada interminable a través de su América y a lomos de su corcel de batalla, esta noche de setiembre había llegado a la colina de una región del norte, remota y desconocida, y como un héroe de la trilogía wagneriana, detenía su paso para contemplar la maravilla de los genios maléficos, de los hijos de Odin, nietos del trueno.

Era estupefacto el héroe en su éxodo frente a la villa tremenda, donde la industria se ciñe de torres y de luces, como la divinidad absoluta, inabordable, ilimitada, feroz. Detenía el paso a su caballo de guerra, y en las cuencas de sus ojos de bronce llenas de eternidad el estupor hacía aún más trágico, como en esos delirios de los antiguos cruzados ante la ciudad divina o de los navegantes febriles frente a la Cólquide imposible a donde no se llega nunca.

Frente al héroe, se construyó una casa de vecindad lujosísima: "Bolívar Apartments". Este homenaje de un extranjero al bronce fronterizo, pueril recurso de especulador o sentido voto de admi-

ración, distrae el paseo solitario con su tablón ofreciendo alojamiento.

Es menester recogerse, empequeñecerse, sentirse humilde, triste, mediocre, vencido, infeliz a la sombra de este jinete que se recorta del raso estelar... En este instante la luna le baña y cae, neta, sobre la arena, la silueta taciturna...

La jornada ha sido triste, dura, ingrata. Discusiones, polémicas, resentimientos, pasiones, tonterías... Y agazapado en la grada, al amparo de la sombra insignie, veo para donde él, desde arriba, parece mirar.

A mi lado quien me acompaña guarda silencio y siente que callar es la virtud del amor profundo y de la abstracción absoluta.

Callar. Oh, sí, callemos: callemos para la insidia torpe y hueca, nula y pobre, mendaz e insensata; callemos perdonando y comprendiendo. Yo no sacrificaré mi silencio de honor por la deshonra de que me estimulen en un sector y tenga otro derecho, así sea un hombre solo,—pero derecho real, positivo, sensato, de conciencia lógica,—para despreciarme por mi insidia, por mi hipocresía, por mi falsedad...

Rodeado de silencio, ¡oh Tú en quien yo creo porque sentí el vuelo de tus águilas solitarias!, rodeado de noche y de torpeza, creciste cuando creció tu obra; no antes. Y tu labor excelsa del bien debe de ser el paradigma de las nuestras, míseros trabajos de renovación, de reconstrucción, de orden, de piedad y de tolerancia entre zarabandas de epilépticos, de ataques del baile de San-Vito de la exhibición; todos complicados, entretrejidados, o acéfalos o policéfalos; sin comienzo, ni fin, ni solución de continuidad, ni gestación de principios; suerte de pelota de lombrices en desesperado añudarse al capricho incidental con que rueda la bola del pequeño mundo adherido entre sí y que trata de adherirse...

Y yo he venido esta noche del 24 de setiembre, la misma de aquella otra hace ya un siglo, para dejar en la piedra de tu pedestal el voto de mi silencio y para consagrar en él a tu mayor gloria, que es la de nuestra cordura y la de nuestra circunspección, todo mi oscuro luchar, mis errores, mis aciertos, mis penas... Es cuanto puedo darte; yo no tengo más... Y lo mereces porque ¿a qué sacrificio no obliga tu ejemplo? Horas después que una asechanza de bandoleros y de exaltados, en maridaje con militares de aventura y extranjeros oportunistas, te fué a sorprender en el reposo nocturno, pedías para ellos, inermes y vencidos, la suavización de la simple justicia que el cadáver de Ferguson reclamaba...

Porque sabías que si habían allí Carujos también estaban otros infelices enloquecidos de la misma enfermedad delirante, el baile de San-Vito político que ataca a las mentes débiles en los momentos del conflicto o de la inmediata acción.

Y si tú, grande, perdonaste, ¿tengo yo el derecho siquiera de menospreciar?

José Rafael Pocaterra